

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR.

EL CUENTO "LA YANQUI

Y EL POLACO"

DE ELVIO E. GANDOLFO

AÑO 2 | N° 19 | ENERO 2001 | PRECIO \$ 5 | <http://latido.terra.com.ar>



VOS Y TUS FANTASÍAS

Amores de verano

Archivo Histórico de Revistas Argentinas www.ahira.com.ar

ISSN 1514-4747



participá

contá tu historia

criticá nuestras notas

compartí tus ideas

En el sitio de Latido ahora
podés leer la revista desde
cualquier lugar del mundo.
Y además ser protagonista.

http://latido



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



CHAT CON

VIRGINIA INNOCENTI

Holbøll Quintiero

La cita es el miércoles 17 de enero a las 21. Te esperamos para que converses on-line con la actriz Virginia Innocenti, uno de los pilares, en su momento, del éxito "Confesiones de mujeres de 30". Este año, además de su participación en la televisión y en el cine, Virginia se inicia como cantautora. Sobre estos temas –y sobre el amor, los desencuentros, la entrega y la soledad– vamos a charlar. Empezá a fantasear tus preguntas.

terra.com.ar



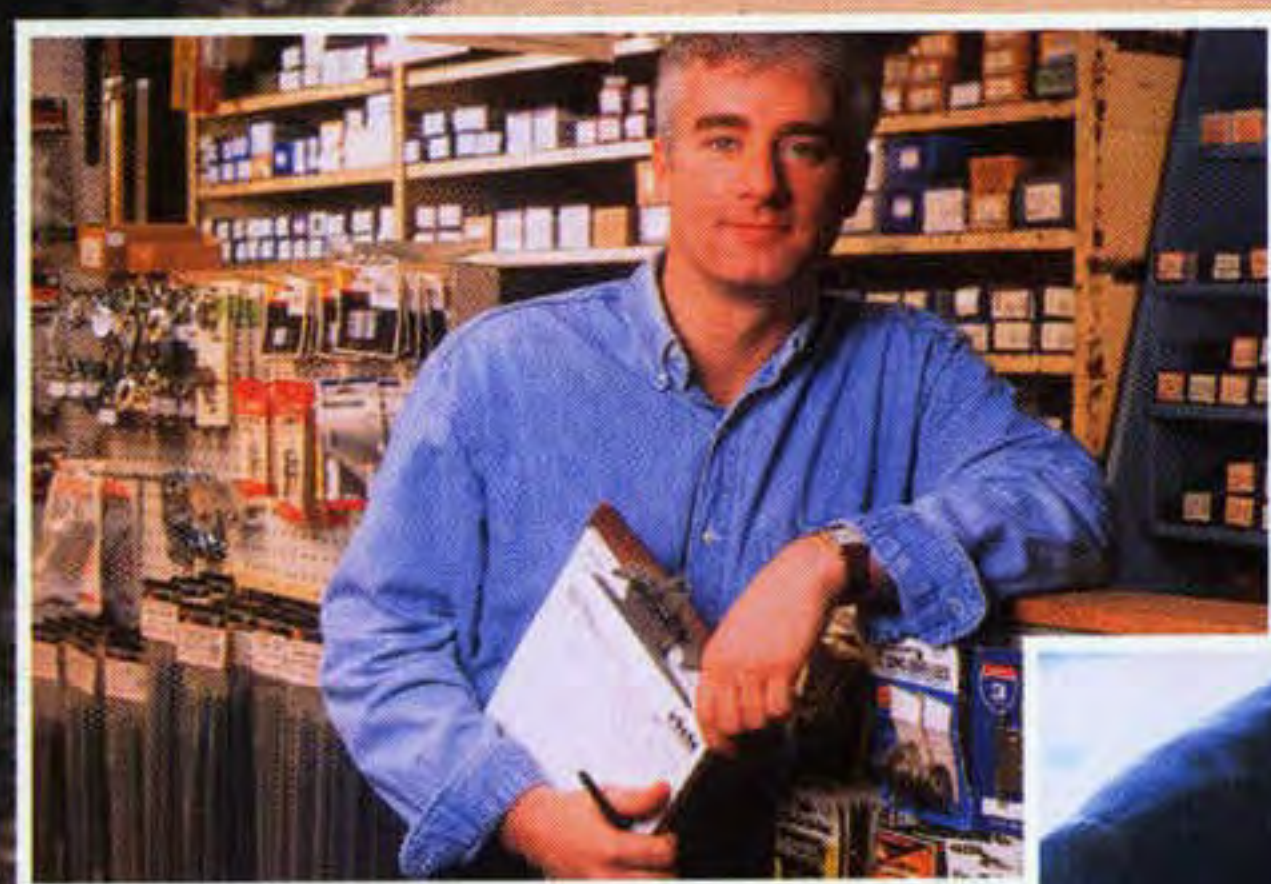
Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR Y PENSAR

terra

Internet,
más tuya que nunca.



Poco o mucho,
en algún momento
de nuestras vidas,
todos los argentinos
tenemos algo que ver
con La Caja.



Una gran compañía
para la seguridad de la gente

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Caja de Seguros - Caja de Seguros de Vida - La Caja de Seguros de Retiro - La Caja ART - Instituto del Seguro de Misiones



Daniel Ulanovsky Sack
Director

LA AVENTURA

Que el calor aviva las pasiones —aseguran— es algo probado. Quizá por eso el verano se asemeja a una lámpara de Aladino a la que le exigimos cumplir con deseos que supimos postergar. No importa si ese encuentro tórrido nos desnuda en plena ciudad o si se trata del ya conservador romance en una playa.

Importa, sí, estar convencido de que el sol enardece las hormonas y nos empuja a desprejuicios furtivos que se han construido mentalmente el resto del año.

A esta idea —tan artificial como muchas— decidimos rendirle honor durante los días calcinantes que nos esperan.

¿Por qué lo hacemos? Porque a veces a todos nos gusta barnizarnos con fantasías. Si bien hay algunas más serias o menos esquemáticas, todos —seamos honestos— en algún momento de nuestra vida soñamos con ese amor que nos abrirá los sentidos a una dimensión arrolladora. Impulsiva. Exagerada.

Algunos dirán que de poco vale tanta adrenalina si se agota en un día. A lo mejor.

A lo mejor no, y perdura. Sea uno u otro tu caso, permití que este número reviva esas sensaciones que te atravesaron en algún verano. O esas otras que —aceptalo, estamos en enero— te pueden sorprender en cualquier momento.

DIRECTOR
Daniel Ulanovsky Sack

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO
Viviana Lysyj
Carlos Franz
Eduardo Blaustein
Luis Gruss
Federico Quintero

EDICIÓN FOTOGRÁFICA DE
ESTE NÚMERO Y FOTO DE TAPA
Alejandro Lipszyc

FOTOS
Mariana Eliano
Diego Sandstede

DISEÑO
Maureen Holboll
Victoria Quintiero

CORRECCIÓN
Edgardo D'Elío

ILUSTRACIONES
Pablo Bernasconi
Silvia Mato

sumario

AÑO 2, NÚMERO 19, ENERO 2001



8

26

LATIDO

UNA REVISTA PARA SENTIR. Y PENSAR

CORRESPONDENCIA A:
Revista **LATIDO**
Casilla de Correo 144
Sucursal 12 (B)
(1412) Buenos Aires
TEL/FAX 4824-8870
e-mail: latido@giga.com.ar

COMERCIALIZACIÓN PUBLICITARIA:
LATIDO S.A.
TEL/FAX 4824-8870

DISTRIBUCIÓN EN CAPITAL FEDERAL
Vaccaro, Sánchez y Cía S.A.
Moreno 794, piso 9,
Buenos Aires. Tel. 4342-4031

DISTRIBUCIÓN EN EL INTERIOR
Distribuidora Interplazas S.A.
Luis Sáenz Peña 1836,
Buenos Aires. Tel. 4305-3160

FOTOCROMÍA
Quebecor Antártica S.A.
Maipú 939, Bs. As.

IMPRESIÓN
Antártica Quebecor S.A.
Printed in Chile

Registro de la Propiedad
Intellectual 999536.
Prohibida la reproducción total
o parcial de los contenidos.

"**LATIDO**. Una revista para
sentir. Y pensar" es una publica-
ción propiedad de **LATIDO S.A.**,
Medrano 1940, piso 7 (1425)
Buenos Aires. Tel. 4824-8870.
Editor responsable:
Daniel Ulanovsky Sack.
ISSN 1514-4747

ARGENTINIAN BEAUTY

La historia clásica contada desde una perspectiva posmoderna: una mujer algo madura que supo transitar la vida (ex rockera, ex heavy) se enamora de un muchacho joven durante un viaje a la Patagonia. La relación empieza por el cuerpo y —oh, destino— parece seguir por los sentimientos. La posibilidad de que lo efímero se convierta en algo permanente genera un pánico que puede ahogar los afectos. Esta nota de Viviana Lysyj juega con los placeres súbitos, la vivencia del hoy y las dudas que genera el compromiso. O el amor. Así, a secas, sin palabras que lo limiten.

Página 8

ALGUIEN LO HA DICHO

La fuerza de lo que irrumpe, de lo que llega como mezcla de adrenalina y desgarró surge de las palabras de escritores y poetas, como Vladimir Nabokov o André Breton, y de músicos, como Luca Prodan y los Rolling Stones.

Página 24

UN HOMBRE, DOS MUJERES

Hay fantasías no buscadas que llegan en forma sorpresiva. Basta dejarse arrastrar por una dinámica que uno no controla y animarse a la aventura de ser protagonista sin quererlo. Algo así cuenta el escritor chileno Carlos Franz al dejar fluir los recuerdos de una noche bulímica de deseos en la que lo inesperado fue grato. Movilizante. Extraño. Placentero. Un texto que nos habla de la manipulación de ellas con él y de la manera en que él acepta un juego de eroticidad y poder que apenas durará algunas horas. Pero que marcará huellas.

Página 26

42

*cómo llega ahora
con la pausa*



DIGRESIONES

Un sociólogo italiano crea un instituto para estudiar el amor. Los consejos de Vinicius de Moraes para vivir la pasión. Los encuentros románticos como actos subversivos. Todo esto, más los recuerdos de películas y libros que hablan de encuentros desbocados, forman parte de una sección a la que Luis Gruss dotó de acariciantes curiosidades.

Página 38

HÉROES DESESPERADOS

La fuerza de sus obras nos lleva a equívocos. Han sido personajes únicos de la historia cuyas creaciones hoy son estudiadas y disfrutadas por demasiada gente. Ellos, sin embargo, tenían personalidades calientes que los llevaron a mantener relaciones secretas, paralelas, ocultas. De sus vidas íntimas —desde Beethoven a Lugones, incluyendo a Alfonsina Storni y a Alicia Moreau de Justo— nos habla Eduardo Blaustein. Además, la nota cuenta cómo un mismo artista se expresa de maneras diferentes según se inspire en relaciones tranquilas o apasionadas.

Página 42

CARRUSEL

¿Qué hace falta para vivir un amor de verano? Poco y nada, si se lo encuentra rápido. Pero si hay que buscarlo con algo más de firmeza, vayan unos consejos. Por ejemplo, lleve algo a la playa que sirva de excusa para iniciar una conversación —por ejemplo, un perro—. Y si la relación se le da, no olvide —sugerencia de Federico Quintero— una filmadora para cuando llegue el invierno.

Página 54

CORREO

Un espacio para los comentarios de los lectores.

Página 56

EL CUENTO

La yanqui y el polaco,
de Elvio E. Gandolfo

Página 58

FOTOS Mariana Eliano y Alejandro Lipszyc

ARGENTINI



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



POR **Viviana Lysy** Escritora, autora del libro "Erotópolis"

SOMOS ADOLESCENTES
EN ESTA TORPEZA,
EN ESTA URGENCIA MALEDUCADA,
EN ESTA HONESTIDAD
BRUTAL DONDE NINGUNO PARECE
PENDIENTE DE SÍ.
¿QUERERSE DE ESTE MODO
ESTÁ BIEN O MAL?

AN BEAUTY

ME ENAMORÉ. ¿QUÉ HAGO?

Poco importa si me llamo Virna Lisi o Lisa Lee ya que todas las historias de amor son básicamente la misma. La que viene a continuación sigue el eterno esquema que ya conocés: chico busca chica, chico busca chico o chica busca chica. Ahora mismo estoy grabándote estas palabras en casetes que voy guardando para que algún día los escuches y digas *oh mirá las redes del amor se repiten a lo largo de los siglos.*

Estamos a comienzos del verano y quizá cuando encuentres mis casetes te preguntes para qué sirven estos raros objetos. En fin, el tema es que esto es la Patagonia y que yo vengo huyendo de mí misma y del absurdo de la vida aun sabiendo que no existe la huida hacia adelante y menos que menos la huida hacia el Sur, que todos los sitios son el mismo y que para alcanzar el centro lo mejor es la inmovilidad. Pero increíblemente, y a pesar de todas mis teorías, yo, que venía revolviendo un aburrimiento atroz como si fuera un café congelado hace siglos, de repente me subo a un ómnibus y aquí abajo me empiezo a enamorar.

Sí, ha llegado el verano. Pero yo ya no sueño con que algo cambie. Es como con las fiestas de fin de año. Siempre esperarás esa Navidad donde tus primas tienen seis años y tu papá te canta *Total para qué/ te vas a preocupar/ las cosas como vienen/ se tienen que tomar*. Tus padres aún no se han divorciado y los juguetes esperan en el árbol de Navidad. Pero esa fiesta nunca se repite. El huevo de oro se ha cascado. Porcelana china ajada. Es increíble cómo las cosas pueden romperse desde tan temprano. Ya nunca va a brillar demasiado el mundo otra vez.

De todos modos, no me hagas caso: no creo demasiado en esto que te estoy grabando. Me digo a mí misma que esta es una típica historia de verano. Imaginate que si yo no creo en el amor me-





nos aún le doy crédito a un amor de verano. Sin embargo está ocurriendo y no sé qué otro nombre ponerle. A mí nunca me salieron ni las *aventuras* ni el amor *verdadero* entonces a esto que siento lo llamo *enamoramiento*, estado encantatorio que tiene la trascendencia de un amor *verdadero* pero sin el ingrediente del tiempo que le quita el esmalte a la superficie de las cosas.

El está aquí, a unos metros de mí, con una remera negra de *Megadeth* y yo sonrío pensando *uf qué antigüedad un grupo de lo que antes se llamaba heavy, qué antiguo es todo* me digo y me burlo de mí misma que alguna vez fui *heavy* y alguna otra vez fui *dark* y también alguna vez quise escribir letras de rap y de blues *uf qué cansancio, todo es tan viejo salvo él, lo único que no es viejo en mi vida es él, este nuevo, reluciente amor de verano que todavía no sabe (porque él es muy nuevo) que el mundo es un viejo bote, una vieja carabela con las velas mil veces emparchadas.*

Una remera de *Megadeth*, my God... ¿Todavía existen o ya se habrán muerto de overdosis? Pero en realidad yo me parezco a ellos, estoy haciendo lo que hacen ellos, los descontroladitos futuros cadáveres bien parecidos del rock: llegan desencantados al final de la treintena y de repente se hacen monjes tibetanos o se casan por iglesia (¿acaso Dios existe?) con una chica de dieciséis a la que se cogen en sus limusinas que es lo que estoy haciendo yo con mi chico pero en un cuarto de hotel aquí en el Sur.

Vos te dirás qué mujer trágica, dice que se enamora y el tono de su voz indica que un derrumbe se abate sobre su cabeza. Y sí, hay quienes viven sus historias de amor como magníficas catástrofes naturales: una inundación, un terremoto, una sequía. Mi nuevo amor ha entrado en mí como una inundación, después de una terrible sequía.

El estaba en el mismo ómnibus rumbo al sur, con cuatro chicos más, en los asientos del medio. Yo estaba atrás de todo, en asientos de dos sólo para mí fantaseando con qué bueno sería topármelo a Antonio Birabent con ropa negra, con saco de terciopelo negro y esos pelitos que se plancha para hacer de treintañero inmaduro en la tele y después se me superpuso el doblaje negativo al que estoy habituada y pensé que Antonio Birabent debía tener una de esas novias superglamorosas que han estado en Praga a los dieciséis y en Londres a los diecisiete estudiando diseño de indumentaria en alguna universidad privada y que ahora son modelos pero ojo no modelos tontas sino de esas que de cuando en cuando se leen un cuento de Salinger y se copan con un film en blanco y negro de Jarmush pero de todos modos, aun cuando Antonio Birabent no tuviese novia seguro que igual no durábamos ni un día porque él iba a descubrirme todos los defectos (sobre todo este fucking fluir de la conciencia cargado de una poética de la desilusión) y yo a él todos los vicios narcisistas de los actores-cantantes-bonitos-estrellas y así y todo, incluso cuando durásemos una semana no es muy evidente que a mí me resultase atractivo levantarme un domingo a la mañana y tener que combatir mi mal humor para llevarle a él medialunas a la cama y hacer como que para mí es más importante un desayuno con mi chico que la pila de libros que esperan ahí en el sillón porque en el fondo al menos hasta ahora nadie me importó lo suficiente como para

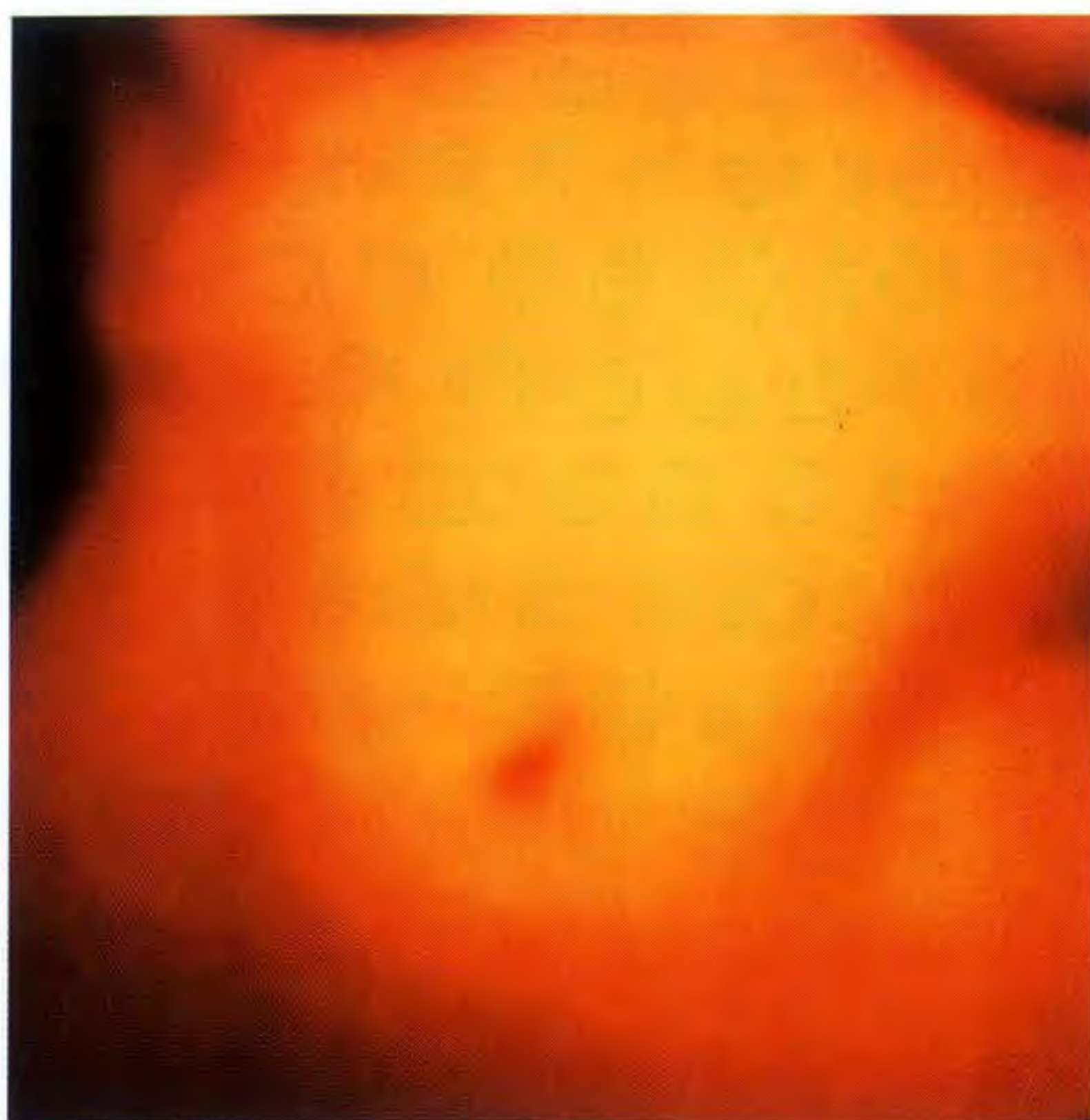


largar un libro bien escrito y ocuparme del café.

En este tipo de pensamiento estaba cuando los chicos bardeaban en el ómnibus y yo me decía *ok he aquí el típico viaje iniciático al sur sin papá y mamá con alguna guitarra y algún bajo para componer canciones que después pasarán a engrosar las listas de banditas estilo rock chabón que con un poco de suerte tocarán un par de noches en un pub y después acomodarán sus demos en algún rincón del placard y te juro que casi me pongo a llorar por la muerte prematura de todas las esperanzas de los chicos y la muerte no tan prematura de las mías. Y después me dije fuck you Lisa Lee, tu tristeza apesta el paisaje, no lesapestes el aire a los chicos, a esa edad necesitan el oxígeno que vos les estás quitando. Y así fue como llegó la primera parada. No sé dónde estábamos ni me importaba. Sólo quería comerme un sándwich, ir al baño y estirar las piernas. Ahí fue cuando lo empecé a mirar.*

CAPÍTULO II LA MIRADA Cuando una chica grande se mira con un chico chico de *cierto modo*, todas las puertas se abren. Y esas puertas abiertas se parecen a la circulación del afecto en la mirada de los perros. La perra dilata sus pupilas y se bebe de a tragos el retrato de su artista cachorro. Y el cachorro baja las orejas y mira a la perra al más puro estilo *dame teta*.

En fin, yo estaba ensayando modificar mi expresión de bulldog para entrar en comunión con el paisaje cuando lo vi hacer ese gesto. Se bajó del ómnibus después que yo y estiró los brazos, se despezó (movimiento sensual si los hay), miró el horizonte (no es muy alto, qué raro, todos los tipos sensuales que conocí eran más bien bajos como si los altos fuesen demasiado espirituales o tuvieran la libido dispersa en la osamenta larga aunque lo más probable es que los altos sexies hayan pasado de fijarse en mí), puso las manos en los bolsillos traseros del pantalón (cuidado, no hagas que dirija mi mirada hacia tus glúteos), después miró hacia el suelo,

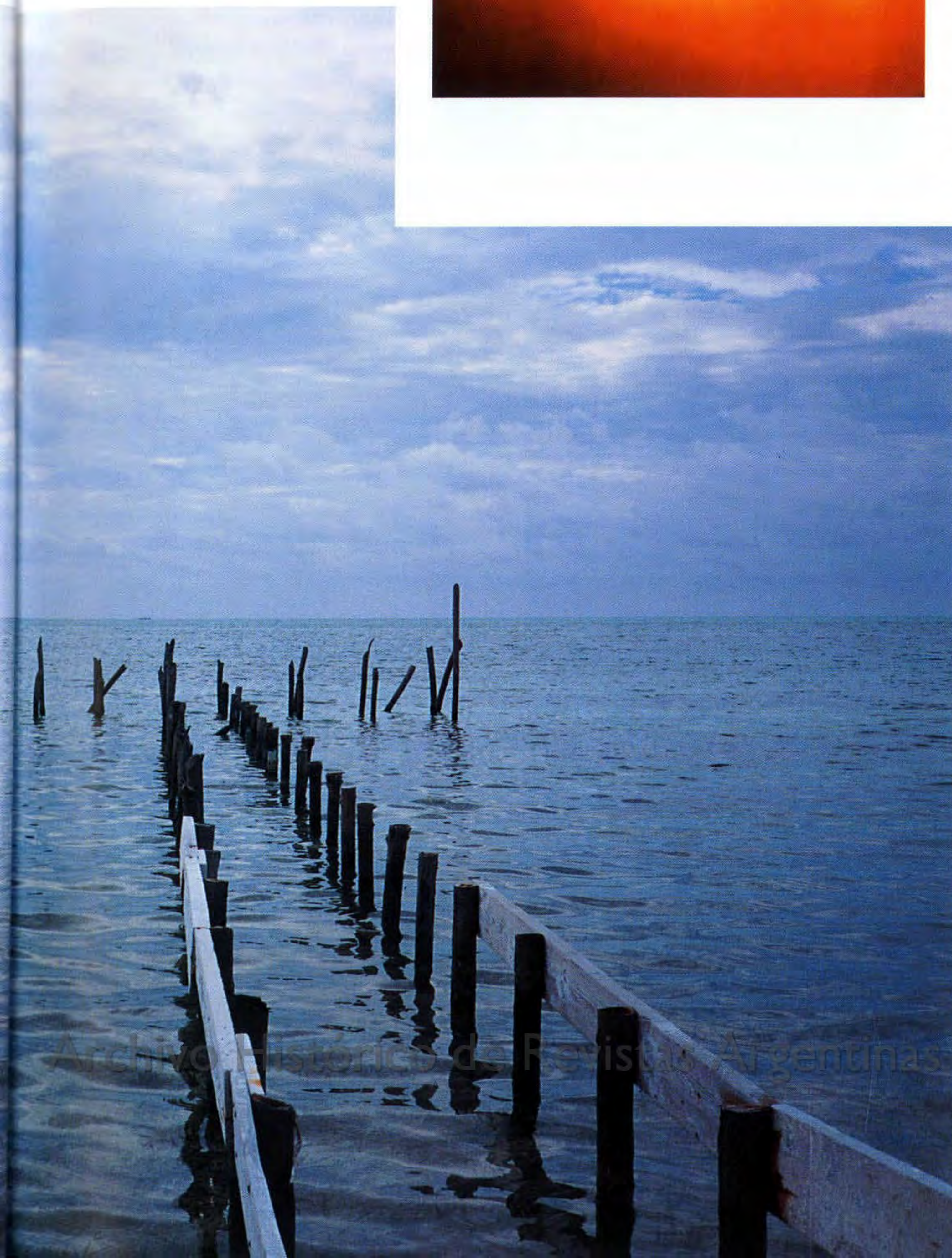


removió el pasto con su zapatilla (oh no, no lo repitas, tengo debilidad por los *losers*) y la boca se le cerró en una mueca de desencanto que parecía decir: *Y bueno, esto es todo lo que tenemos.*

Quizás él estaba tan vacío como yo y el mundo, contrariamente a lo que se piensa de la adolescencia, no se le ofrecía como una fruta. Es increíble que los adultos vean a los adolescentes como kiwis llenos de jalea cuando en realidad son ramas que apenas se sostienen de los árboles.

El chico del autobús estuvo así varios minutos (removiendo el pastito como quien ya no tiene la esperanza de encontrar oro en polvo) y al darse vuelta se encontró con que yo lo estaba mirando fijamente. Fue algo así como un movimiento de hojas de un árbol cuando se levanta un viento que anuncia un cambio de estación. No podría explicarte qué había en mi mirada pero creo que él lo supo. Es un segundo nada más antes de pestañear pero después de eso te queda la imagen del otro en la cabeza y seguro que se te vuelve a aparecer cuando te subís la bombacha en el baño público o cuando te desabrochás el corpiño frente al espejo. Fue a reunirse con el grupito rock chabón y entonces lo miré de arriba abajo.

La viuda negra se enamoró del toro salvaje me dije sonriendo al tiempo que aprensaba en una sola polaroid mental su espalda del cuello a los pies con sus rulitos incluidos (hay ciertos rulitos que ubicados de cierto modo en los hombros de ciertos hombres me despiertan instintos masticadores). Ahora él está cer-



ca de mí y sus rulitos son mi plato de comida a la hora de los lobos pero en aquel momento me dije que aunque la vida fuera una mierda igual yo quería un pedacito de su carne.

CAPÍTULO III LA CARNE Son las seis de la tarde. El viento pega en la cara y nos llena el cabello de arena. Mi amor toca la guitarra y ya no me burlo de los futuros sueños de nadie y hasta creo que sus demos no van a ir a parar a un cajón sino que hasta es posible que la escena del rock le reserve un buen escenario oscuro lleno de los latidos de su público.

No sé muy bien cómo pasó pero después de dormir unos cuantos días con él me muevo con una dulzura nueva que incluye hombros relajados y piernas que avanzan como si flotaran sobre flores acuáticas en algún dulce estanque de Japón. Pero yo no soy una geisha ni mucho menos. Lejos de mí el estilo esclava-besa-los-pies-de-su-amo-depilada-para-el-tacto-de-él. Siempre me burlo de las escenas de seducción. Huelo un falso elemento escenográfico que clama por una nota discordante que introduzca una ruptura del tipo *quiero moler tu materia gris en el mortero de mis dedos y luego pásármelos por el cuello* aunque hay una parte naïve en mí como cuando mi chico me conmovió con unas flores de un árbol raro y yo



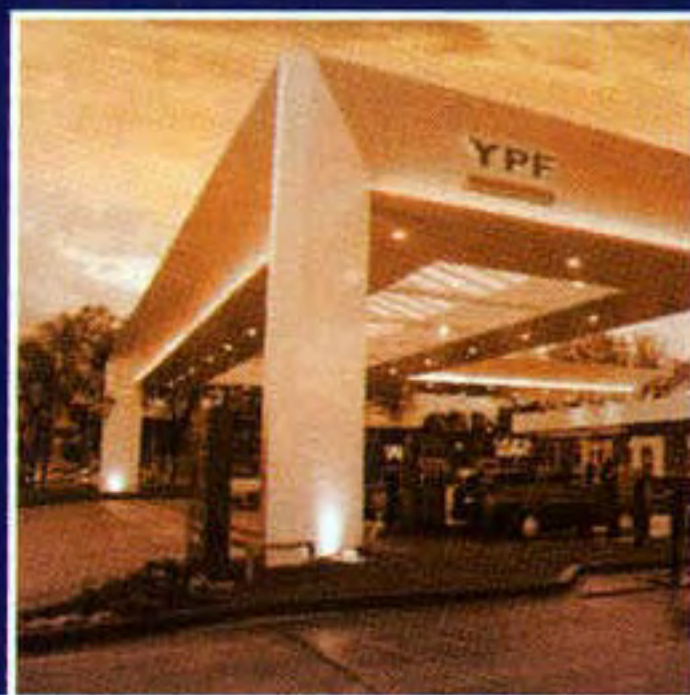
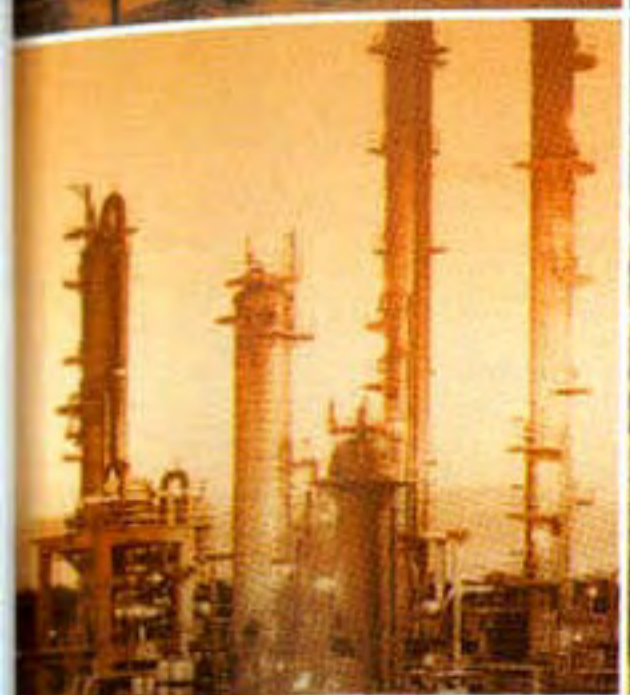
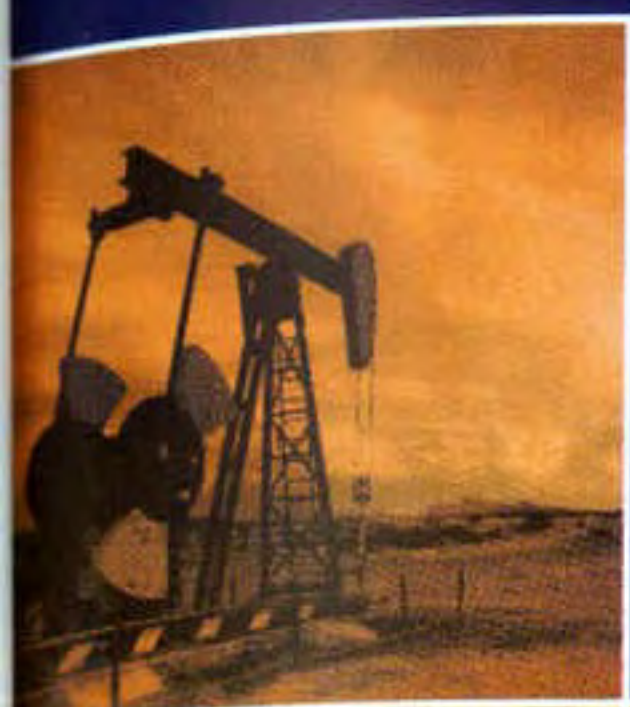
tuve algo así como una sonrisa angelical porque te confieso que a veces me cansa estar todo el tiempo peleada con la vida.

Así es que cuando estuvimos solos en esa habitación (el dueño del hotel me miró con cara de *¿la veterana se lo va a voltear al pibe? ¿o se va de viaje con el hijo de la mejor amiga?*) yo le dije a mi chico que si no me besaba pronto me iba a poner a llorar porque hacía seis meses que venía reprimiendo una angustia que era co-

mo un veneno de víbora que me llenaba la saliva de color verde desesperación. *Ves, mirá, tengo la lengua verde. Me voy a morir de pena*, entonces él se rió y por suerte obedeció, vaya que sí que obedeció —porque podía haberse paralizado por los nervios— y

se arrojó encima mío con una decisión tan calma que logró blanquear todas las flores del mal desde la lengua hasta las pantorrillas. Nos besamos y yo le besé los siete u ocho lunares que tiene en las mejillas y después busqué su sexo porque sentía inmediatas ganas de él adentro mío y porque siempre me reí de esa sabiduría de los sibaritas eróticos que van paso a paso y siguen los ritos de los manuales y primero van por las caricias preliminares y luego sacan ticket para la montaña rusa del orgasmo y organizan su *mise en scène* sexual como un plato bien sazonado para un paladar de gourmet.

Somos los dos adolescentes en esta torpeza, en esta urgencia maleducada,



Ponemos toda nuestra energía para que el país esté en movimiento.

Y no sólo cuando estás arriba de tu auto.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



en esta honestidad brutal donde ninguno está pendiente de si amarse de este modo está bien o mal.

En fin, la carne es la carne. No te digo que para siempre pero te juro que las mariposas negras se te vuelan por un rato cuando encontrás esa piel. Después de todo somos miles de millones aquí y ahora sobre la tierra porque a muchos les aconteció juntar carne con carne. Y la belleza debe tener poco que ver con el asunto porque está lleno de feos que se aparean con feas y aquí estamos todos mordisqueando la pradera en esta milésima de segundo que es la eternidad de los planetas a la espera del sueño largo que es la muerte. Y aquí estoy yo ahora en este verano raro donde el aire tiene intensidad de colores amarillos, verdes y anaranjados.

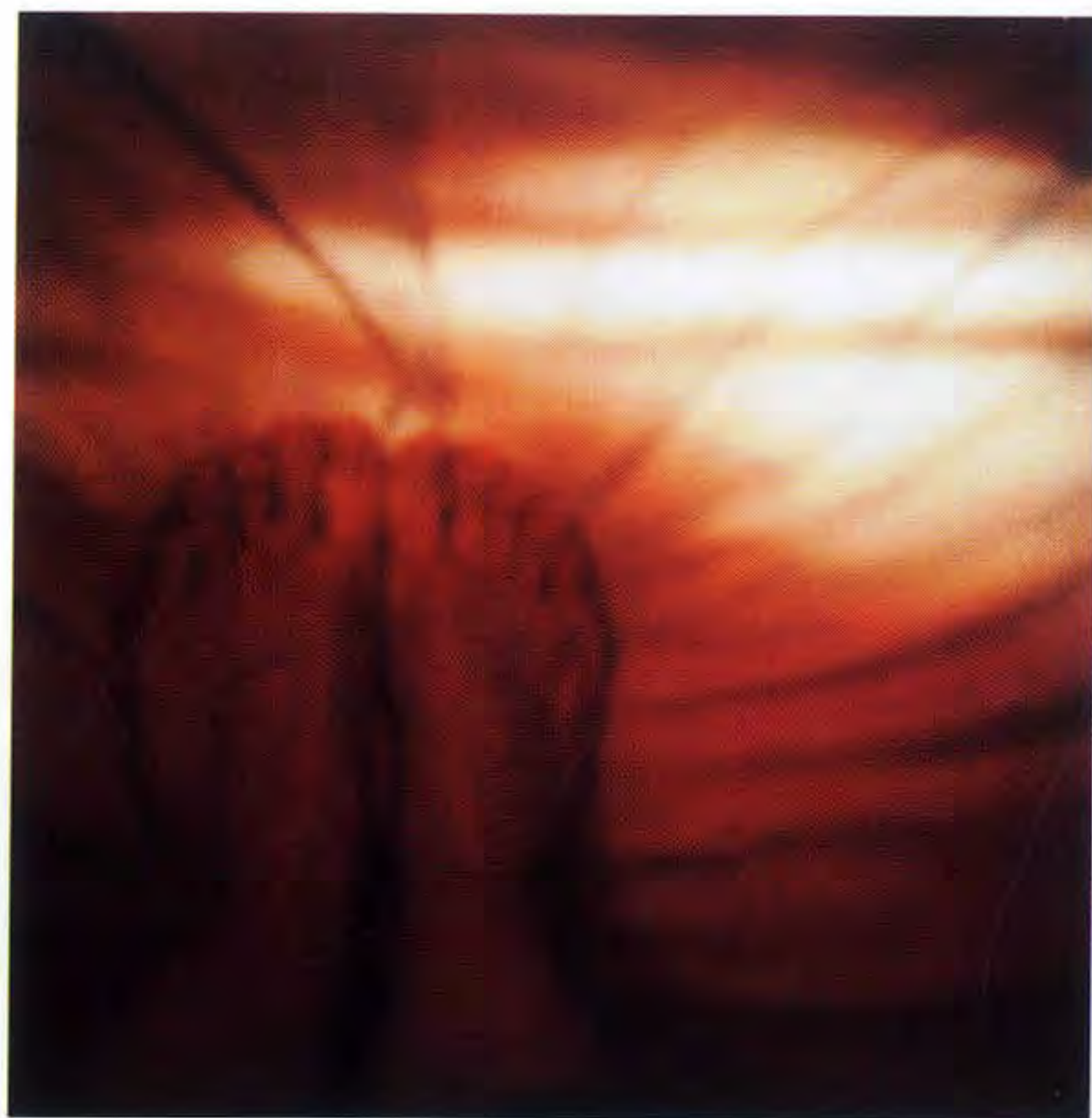
CAPÍTULO IV LA CAMA Son las doce del mediodía aquí en el sur en Puerto Pirámide. Yo estoy tirada en la cama, suave portadora de un camisolín verde de raso. No me gusta andar desnuda ni siquiera cuando estoy sola (recuerdo adolescente del espejo de la Escuela Nacional de Danzas. Espejo racista, prusiano, estalinista, que siempre emite juicios de valor, espejo skinhead para quien nunca pertenecerás a la raza pura de las bailarinas del ballet Bolshoi de Moscú).

Mi chico casi rompe un armario. Acabo de bautizarlo *hooligan* y él está de acuerdo. No sé si le sobra fuerza física o es que su energía no tiene válvula de

escape. Estuvimos haciendo pogo (cuando escuches mis casetes el pogo quizá ya no exista: es una especie de salto bailado: vos saltás para todos lados y chocás a los que están cerca, bueno, algo así, en general se poguea en los recitales de rock más bien pesado) y mi *hooligan* se golpeó un hombro contra una de las puertas del armario. Bailamos (bah, saltamos) viejos temas de Los violadores donde se habla de represión y ultraviolencia.

Tengo la impresión de que nos hemos juntado dos locos. La diferencia es que él es profundamente físico y kinético y yo soy medio dromedario, esa onda del camello que se mueve apenas y rumia frases a media voz. Viste que los camellos son como quedados, será que el desierto les da sed y el sol les reseca los músculos. Yo puedo estar así tirada durante horas leyendo mil páginas de una novela y él juega al fútbol cuatro veces por semana (*libero mucha adrenalina, dice*) y apenas puede quedarse sentado cuarenta y cinco minutos en un sillón.

Por la ventana se ven grupos de chicos yendo a la playa. En su mayoría son de Chubut, Neuquén y Río Negro. Por suerte no se ven diosas producidas para calentar fotógrafos ni surfers bronceados. El sol brilla afuera pero nosotros esperamos a que pase un poco la furia del mediodía. El está sentado en el suelo fumando un cigarrillo. Yo, tumbada en la cama, leo mi libro. De a ratos nos miramos y sé que los dos estamos como maravillados por nuestras diferencias. Como a él le gusta el camisón verde, se acerca, deja el cigarrillo en la mesa de luz y pasa la palma de la mano sobre la textura de raso. Parece que combinaran por contraste sus hombros anchos, sin ropa, con mi es-



cote verde. Esto es nuevo para mí, que me guste alguien con esta aspereza, con este movimiento taurino en las piernas, con dedos que no son los de un pianista. No es raro que estando aquí, en Puerto Pirámide —esta especie de bahía con mar como de piscina— yo sienta que él tiene una dureza sensual de montaña y que yo sea el agua que le enjuaga el pelo.

CAPÍTULO V LOS COLECTIVOS

BAILANTES Son las once de la noche y estamos yendo a bailar a los colectivos bailantes. Un grupo de estudiantes de bellas artes inventó estos salones que en su interior parecen bares japoneses llenos de farolitos de colores. Obviamente son colectivos que no tienen sus asientos originales sino unos almohadones chatos y unas mesas blancas muy bajas. La idea es sentarse allí a tomar tragos y después bajar a la playa a bailar. Hay unos seis colectivos dispersos al borde del mar, a unos metros unos de otros. Están buenos para protegerse del viento. Caminamos unos cuantos kilómetros desde Puerto Pirámide hasta encontrarlos. Llevo todo el tiempo el pelo atado en una cola de caballo (imposible otro peinado con el viento) por lo cual no sé si terminé el colegio secundario hace uno, diez o veinte años. Afuera, en los parlantes suena Beck y nosotros tarareamos (como si nos concerniera) *Yo... soy un perdedor..., I'm a loser, baby...*

Después pasan una horrenda ver-

sión tecno de *El pueblo unido/ jamás será vencido* y ahí descubro una de las razones de mi enamoramiento: *Mister Hooligan* confiesa haber sido secretario general del centro de estudiantes de su colegio (obviamente de una agrupación de izquierda). ¿Acaso la energía combativa circula en el espacio como los tobillos de mi hooligan? Como dijo algún psicoanalista: todo encuentro es un reencontro. Brindemos, pues, por el fin del capitalismo.

CAPÍTULO VI ATAQUE DE PÁNICO Sí, no me pregunten cómo. Después de diez días maravillosos llegó el ataque de pánico. Es increíble cómo esta clase de cosas llega justo cuando te estás sintiendo feliz. Me vuelvo a Buenos Aires. De repente sentí que me estaba enamorando demasiado y que lo mejor que podía hacer antes de que la catástrofe llegase era volverme a las calles del centro de la ciudad, a los cines, a las librerías, a los amigos. Me dije a mí misma que las utopías son maravillosas pero que una nunca sabe cuándo van a poder convertirse en realidad.

Esta clase de mutis por el foro la llevan a cabo miles de hombres y mujeres cuando el miedo los gobierna pero esta conclusión sólo la sacás cuando ya es tarde. En el momento de la huida estás convencida de estar haciendo lo correcto.



Supongo que otro de los aspectos de la retirada está relacionado con la otre-
dad. Un día te levantas y decís: *¿pero
quién es ese ahí, ese otro, quién es ese otro que no
soy yo?* Así que hoy a la mañana cuando
miré lo perturbadora que era su mira-
da en mi pelo, en mis ojos, en mi cue-
llo, me asusté, cerré mis valijas y me
fui. *Tu tiempo es tan elástico, le dije, puede es-
tirarse veinte veces y volver al punto de partida. Tu
futuro es tan elástico que puede deshacerse como
una madeja. Vos podés vivir todo esto como un
borrador y después pasarlo en limpio. Yo ya no
puedo vivir en borrador.*

Una dice esta clase de boludeces
cuando no se anima a ir más allá de las
frases hechas. Todos los miedos se ex-
presan con frases racionales. Miro por
la ventanilla (hace diez horas que dejé
el Sur y extraño horriblemente nuestra
complicidad adolescente) y me digo
otra vez *fuck you Lisa Lee* (Lisa Lee es esa
parte de mí que nada todo el tiempo
contra la corriente) *a quién le vas a hacer
creer que estás abandonando este barco para
construir un "proyecto serio".*

Estoy nuevamente sentada atrás con
dos asientos para mí sola. Pero ya no
pienso en Antonio Birabent. Qué ri-
dículo es pensar en el hombre o en la
mujer ideal cuando lo único que existe
es esta clase de encuentro carnal y emo-
cional donde la mente del otro es un
cofre con piedras preciosas esperándo-
te en el fondo del mar.

Esto ya me pasó otras veces. Creer

que se puede abandonar la pista de bai-
le así como así. Sin consecuencias. Y
no, no se puede. El mundo ya está lle-
no de cobardes que dejan de bailar pa-
ra volver a su rincón en la perrera.

Claro, ahora viene el llanto. Ya es
de noche y vos extrañas sus ocho luna-
res en las mejillas y sus besos bajo los
colores verde y amarillo de los faroli-
tos japoneses en los autobuses bailan-
tes. Enamorarse de un toro y que el
toro se enamore de tu sangre roja, qué
más pedirle al aquí y ahora. Por qué
pensar en el futuro elástico del toro y
en el futuro acotado de la torera si só-
lo hay este presente. Por qué todos
nadamos del pasado al futuro si lo
único que hay es esta agua que está co-
rriendo ahora.

CAPÍTULO VII LAS FOTOS No les con-
té acerca de mi actividad clandestina:
tomar fotos por asalto. Mi musa es una
artista francesa llamada Sophie Calle,
quien persigue a hombres y mujeres
por la calle y les saca fotos sin que ellos
lo sepan. Una vez fui atrás de un tipo
con once trenzas recogidas en una co-
leta. Tenía una onda jamaiquina o ba-
hiana pero en versión rubia. Armé un
álbum con diferentes series temáticas.
En la primera el tipo se besa con una
mujer de pelo muy corto en siete se-
cuencias en una parada de autobús. En
la segunda el tipo entra a bares o res-
taurantes. En todas aparece abriendo la
boca para comer o beber algo. Siempre
se trata de personas que se salen del re-
baño en su tránsito por la ciudad.

Creo que esta cosa de sacar fotos
clandestinas tiene que ver con un de-
seo de conocer a los otros sin que los
otros me conozcan a mí. Y es lo que
estoy haciendo ahora, a las ocho de la
mañana en este ómnibus que en dos

horas más llegará a Buenos Aires, con las doce polaroids que le saqué a mi adolescente sin que él me viera. La serie se llama: *Corrida de toros tres cuartos perfil*. Cada uno de los toros es mi chico. Doce diferentes toros resoplando contra el polvo y siempre la misma fuerza en ese ancho cuello visitado por los besos.

Le saqué estas fotos anticipando mi huida ya que es lo único que me queda de él. Como una coleccionista de mariposas, voy a ponerle alfileres y así, inmóvil, él ya no va a generarme conflictos. Mi amor de verano parece una ciudad medieval sumergida en la niebla, abandonada tiempo atrás en la última estación de un tren transiberiano.

Antes de subir al ómnibus le dije que yo renunciaba a la bella locura que habíamos compartido para combatir mi síndrome *puer aeternus* y él me contestó *no entiendo de qué enfermedad me estás hablando* entonces yo le expliqué mientras ubicaba mi bolso en los asientos de atrás que *puer aeternus* significaba niño eterno en latín y que yo pretendía seguir siendo ese niño y que las personas que eran *puer aeternus* se eternizaban en su búsqueda constante del cambio y de la novedad, que se negaban en cierto

modo a un compromiso con sus parejas y con el mundo, que realizaban hazañas en el Himalaya y caminatas en desiertos pero que no deseaban construir casas sólidas ni tener jardines burgueses ni un patio con niños creciendo, que el niño eterno sólo quería juguetes y un eterno estado de fascinación infantil, estados alucinatorios donde la corrupción de la vida permaneciera en suspenso y la vejez y la muerte no llegaran nunca.

En realidad, ahora que me acuerdo, él dijo que para saber si yo me iba a comprometer con una relación abandonando mi mundo de cuento de hadas era fundamental que siguiéramos y yo agregué que tal vez él no se acordara más de mí en los próximos diez días ya que era muy chico para comprometerse a lo que él contestó que quizás era cierto que él no se iba a comprometer pero que en todo caso no podía saberlo si no lo vivía y para vivirlo y ver si resultaba teníamos que volver a vernos.

Pero yo, típica hija de divorciados, siempre anticipo el desastre, y al anticiparlo, tiendo a provocarlo. Cuando estás convencida de que todo va a salir mal lo más probable es que todo salga efectivamente mal.

Veo un film sobre la revolucionaria Rosa Luxemburgo. La Luxemburgo se enamora del hijo de una amiga y él se



enero

en el Complejo teatral
de la Ciudad de Buenos Aires

Teatro San Martín

Teatro

La Tempestad

Autor: William Shakespeare

Versión y Dirección: Luis Pasqual

Iluminación y Escenografía: Luis Pasqual

Vestuario: Renata Schussheim

con A. Alcón, H. Peña, T. Vilas, O. Bonet,
Eleonora Wexler y elenco.

Reposición: Miércoles 24, Sala Casacuberta

La Boca Lastimada

Autor: Eugenio Griffero

Dirección: Laura Yusem

Escenografía y Vestuario: Graciela Galán

con O. Santoro, A. Garrote, G. Menahem y L. Saggese

Reposición: Jueves 18, Sala Cunill Cabanellas

FotoGalería

Fotografías Latinoamericanas del siglo XIX

Originales fotografías con vistas y personajes de diferentes países latinoamericanos, pertenecientes a colecciones privadas argentinas

Reposición: Jueves 18

Cine

Vacaciones en el Paraíso

28 Clásicos de grandes directores del cine europeo:

R. Rossellini, A. Resnais, L. Buñuel, R. W. Fassbinder,

I. Bergman, J. Cocteau, N. Moretti, E. Rohmer, W.

Herzog,

J.L. Godard, F. Fellini, R. Polanski, P. Pasolini, W.

Wenders,

A. Tarkovsky, C. Chabrol, L. Visconti, F. Truffaut, entre
otros.

Estreno de "La Maman, et la putaine" de Jean Eustache,
inédito en el país.

Desde el Martes 9 hasta el jueves 8 de febrero.

Sala Leopoldo Lugones

Coproducciones

Doble contra sencillo

Autora y Directora: Melina Knoll

Viernes y Sábados 21.00 hs.

Sala Contemporánea- Centro Cultural Recoleta

El Juego de la Silla

Autora y Directora: Ana Katz

Viernes 23.00 hs.

Babilonia

Badulaque

sobre texto de Horacio Quiroga

Dirección: Cristian Drut

Domingos 20.30 hs.

Sala Contemporánea- Centro Cultural Recoleta

Hombre de Confianza

Autor: Roberto Perinelli

Dirección: Julio Baccaro

Viernes y Sábados 21.00 hs., Domingos 20.00 hs.

Presente Vuoi Dire Regalo

Autora: Viviana Holz

Dirección: Roberto Villanueva

Reposición: Domingo 7 de enero.

Domingos y Lunes 17.00 hs.

El Nudo

Boliche, un lugar con historia

(Títeres para jóvenes y adultos)

Autor: Miguel Rur y Roni Keselman

Dirección: Miguel Rur

Reposición: Sábado 6 de enero.

Sábados y Domingos 21.00 hs.

Sala Auditorio- Centro Cultural Recoleta

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

SECRETARIA DE CULTURA

gobBsAs

enamora de ella. Pero la guerra lo mata a los diecisiete años. Siento terror. En nuestro caso la guerra sería la vida misma que podría llevárselo lejos de mí por la lógica misma de su devenir.

No. Parece que el terror es amar. Amar a alguien más allá de la fascinación.

CAPÍTULO VIII ARGENTINIAN BEAUTY

Acaso ni te interese saber que hoy a principios de enero hace 32 grados sobre mi balcón en Buenos Aires. Miro por segunda vez el film *American beauty* y me río al reconocerme en la crisis del protagonista masculino de la película. El se enamora de una compañera de colegio de su hija pero cuando se acaban los tiempos del espejismo y ambos van a la cama resulta que ella es virgen y él se comporta como un tío responsable.

Rebobino la película y pienso que hasta ahora mi cruzada en pos de la maduración no ha dado frutos. Algunas personas nacen para dar a luz cinco hijos y otras para dar a luz cinco poemas. Quizá mi misión sobre la tierra sea conseguir la roja madurez de la manzana de Adán y Eva y obtenerla pero sólo al final de mi décima reencarnación.

Oh no. Suena el timbre. Es extraño porque todos saben que nunca abro la puerta y que tienen que llamar





antes. Me tiemblan las piernas.

Está subiendo por el ascensor. Creo que me vienen arcadas. Esto pasa porque estoy sintiendo fuerte la llegada de la catástrofe que es el amor. Oh no, está tan lindo, tan bronceado y además tiene aspecto de haber atravesado el mar para liberarme de los piratas. Sin embargo mantengo la distancia. Recuerdo que me impuse a mí misma no repetir por vigésimoquinta vez otra locura. *No vas a poder vivir con él, apenas llega te rompe el cenicero búlgaro que una vez te regaló tu profesora de geografía. Le das cerveza, toman vodka pero... no hagas locuras, decile que están viviendo etapas emocionales diferentes, que no lo vas a soportar cuando empiece a hacer pendejadas, que él no te va a soportar cuando empieces a exigirle atenciones y cuidados que él no puede darte. ¿Pero estás tan segura de que él no puede dártelas? ¿Y si pudiera?*

El amor fuerte llega de este modo, como una borrachera de vodka con cerveza y coca-cola, viene como un palo en la cabeza y en el hígado y arroja afuera el malestar, todo tu estómago al desnudo sobre el parquet. Nunca nadie escribió un poema sobre el síntoma de los síntomas: *El vómito enamorado*. Así podría llamarse y debería ser escrito al modo de Quevedo.

Empiezo a decirle que mejor se vaya, que no quiero convertirme en una vieja dama indigna, una de esas ancianas de pelo plateado que siguen yendo a recitales hardcore y se enamoran del baterista en vez de preparar pasteles de frambuesa para sus nietos. Pero como el alcohol empieza a patinar en mi cerebro, me doy cuenta de que sí quiero ser una vieja dama indigna y cultivar marihuana en las macetas del balcón con mi joven novio digno.

Cuando él va a besarme me arrojé fuera del sofá y le anuncié que estoy

mareada, que el mundo gira como un trompo y que tengo arcadas. Y él no se asusta ni se va sino que me acompaña al baño y me ayuda a aliviarme, me ata el pelo, me despeja la frente y me dice palabras suaves. Y entonces creo que yo tengo dieciséis y que él es un señor veinte años mayor que sabe qué hacer en una situación de emergencia.

Por eso ahora está conmigo otra vez en la cama. No sé hasta cuándo ni me importa, muy probablemente pasará el verano y volverá a dar pruebas de hombría. Lo importante es que ahora me busca con las manos y dice con su habitual torpeza maleducada *quiero que sientas entre las piernas mi multiplicada hiperproducción de testosterona* y yo me río con la convicción de que si nunca voy a madurar mejor que disfrute mi adolescencia a fondo.

Porque como escribió San Martín en el hall de entrada de mi escuela primaria: *Serás lo que debas ser o si no no serás nada*. Y quizá yo deba ser esta mujer y no otra.

Por eso vos, si tocaste fondo y estás al borde de la desesperación, guardá mis casetes. Un lluvioso domingo de verano vas a preguntarte *¿y ahora, qué?* Entonces esperá a que crezcan algunos raros frutos sobre la hierba, probá uno de ellos y a lo mejor vas a conocer un gusto nuevo ■

Preferio el combate a la victoria Pascal Escritos sobre Don Juan

Desde el primer momento estuvimos apasionadamente, torpemente, francamente, atrozmente enamorados; desesperadamente, debería decir también, pues no habríamos podido saciar ese deseo de posesión mutua más que impregnándonos literalmente uno del otro, devorándonos reciprocamente hasta la última partícula del cuerpo y del alma

Vladimir Nabokov Lolita

¡Amor loco/amor sublime! André Breton Manifestos

No resplandor, los pactos no eran tu destino Raúl Aguirre La piedra movediza

Esto no es un ensayo general; esto es la vida Bernard Shaw Pensamientos

Te quiero a las diez de la mañana;
pero a las dos de la tarde me pongo a odiarte sordamente

Jane Sábines Poesía mexicana de hoy

Y todos los hombres matan lo que aman Oscar Wilde *La balada de la cárcel de Reading*
¿Es sucio el sexo? Sí, pero sólo cuando se lo hace bien Woody Allen *Con plumas*

Poné cuanto eres en lo mínimo que hagas Fernando Pessoa *Obra poética*
Ni encuentro satisfacción Rolling Stones

Un amigo me preguntó: ¿qué es el amor?
Y yo le respondí: el amor es una golosina con néctar sabroso y masa amarga
Las mil y una noches

No sé lo que quiero pero lo quiero ya Luca Prodan *Corpiños en la madrugada*

Cuando te hayas ido te juro
que aprenderé a amar
a la mujer equivocada
José María Zonta *Poemas*

UN HOMBRE, DOS MUJERES

NUNCA PENSASTE QUE TE IBA A PASAR

"Los caballeros no tienen memoria."

Entre las escasas herencias que me dejó mi padre —un llavero de plata del Club de la Unión, una marina inglesa agujereada, la medalla que le dieron por treinta años en el servicio diplomático chileno, antes que lo echara Pinochet— está esa máxima antigua: "M'ijito, los caballeros no tienen memoria".

Me piden que escriba sobre amores de verano y lo primero que me viene a la mente es esta antigua prohibición paterna, ese magro pudor heredado. Porque soy un novelista, no tengo teorías sobre el amor —sea de verano, de invierno o de media estación—, como no las tengo sobre casi nada. Y además sospecho que el amor es precisamente una de esas experiencias —quizá *la experiencia*— respecto a las cuales toda reflexión o teoría se queda corta, suena inevitablemente superflua, pedante. Sólo podría, entonces, contar de amores concretos; y los únicos que conozco de verdad, mis amores. ¿Pero hacerlo precisamente de aquellos de verano, es decir, por definición, los que no duraron, los cortos, las intensas locuras del corazón u otras regiones del cuerpo, y sin la cómoda mascarada de las ficciones...? ¡En qué aprietos se mete el escritor!

Y qué tentación también. El amor de verano es la metáfora del amor fugaz; y esos amores cortos, puede que sean los más perfectos de todos. Perfectos como el orgasmo que es su paradig-





POR **Carlos Franz** Escritor chileno. Su última novela es "El lugar donde estuvo el paraíso".

Actualmente vive en Alemania, invitado como artista en residencia por la ciudad de Berlín

FOTOS **Diego Sandstede**

ma. La fusión del cuerpo y el alma, de la experiencia y el sentido, en esa dolorosa intensidad del segundo que es inmenso porque no va a durar. Digámoslo mejor con los versos de Vinicius de Moraes (traduzco libremente y de memoria, que me perdone el vate carioca donde quiera que siga cantando): "...ya que el amor no es eterno, porque es llama/ que sea infinito, en tanto dure". Qué tentación la de salvar esas fugaces llamas antes de que las apague definitivamente el olvido.

Ahora me inclino, protejo entre mis manos una de ellas suavemente, y cómo y cuánto se aviva en la memoria.

A fines del mes de enero, Santiago de Chile puede ser una verdadera tierra baldía: "the cruellest month", parafraseando a T.S. Eliot, si uno ha estado trabajando tan duramente durante los meses previos que se ha olvidado de que el verano llegaría alguna vez. Y de pronto aquí está, la tibia noche de un viernes 30 de enero frotándose entre los añosos plátanos del Parque Forestal, al pie de mis ventanas, y sobre los Andes una luna llena, vibrante como un gong anunciando que la temporada de caza está abierta... ¡Y yo sin polola!

Como un huevón, sin una polola ni para muestra. Los teléfonos en mi "libreta de la carne" hace tiempo que quedaron obsoletos o ya no me contestan, o si me contestan es para decir con esa voz de víbora que saben poner las

chilenas despechadas: "¿Tú? Pero qué sorpresa, pensé que te habías muerto, que te habían abducido los marcianos, fíjate que estoy comprometida y voy a casarme el próximo mes... ¿Qué te parece?" Chúpate esa naranjita, pienso yo, colgando el auricular, y era tan rica... Me tumbo en mi cama doble —tan doble y tan vacía— y me permito el consuelo de los derrotados, la filosofía: ¿por qué, me pregunto, por qué siempre esas amigas que se han vuelto inalcanzables nos parecerán de nuevo tan ricas, tan dolorosamente deseables? Luego me pongo técnico: me falló la "mantención", me digo, citando a un amigo mío: "Las mujeres como los autos requieren mantención periódica, revisión de los niveles, alineamiento y engrase; si no, siempre acaban por dejarnos botados en el camino".

Antes de que termine de ganarme la depresión por mi impericia mecánica, decido llamar al último número posible en mi libreta. Digamos —para no violar del todo la máxima paterna—, digamos que se llama Dolores. La seria, distante y altiva Dolores, con la cual tengo tantas probabilidades de irme a la cama como de acertarle al Loto. Pero al menos podríamos tomarnos un trago, y tiene estupenda figura, "viste" salir con ella, es un consuelo para el ego que a uno lo vean en su compañía, aunque debiera llevar en la espalda una de esas advertencias camineras que se encuentran en la alta montaña y que indican hielo, riesgo de patinada...

Parece que tampoco tomaré por ese camino: me contesta una grabación. Y yo en el colmo de la desesperanza, en vez de colgar de inmediato, cometo el acto más bajo que un hombre adulto y soltero puede cometer la noche de un viernes de verano; le dejo un recadito humilde. "¿No te gustaría salir un rato? Está tan rica la noche", maúllo. "Si vuelves luego llámame, ¿ya? A cualquier hora, en realidad, llámame por favor, aunque sea para conversar, estaré en mi casa." (Qué duda cabe...)

Cuelgo. Mientras tanto, en mi ventana abierta, la feroz luna ha subido otro poco sobre los Andes y juraría que su enigmática cara velada me hace una mueca, que se burla. Selene, mujer al fin. Estoy solo, jodidamente solo, pienso, ya es tarde hasta para ir a meterme a un cine. Y pensar que el verano anterior había sido tan distinto, tan tórrido. Con tantas sorpresas y bruscos virajes, paisajes nuevos, blancas colinas, valles escondidos...

Me pierdo en evocaciones de un pasado que ya me parece distante e inalcanzable, acaso increíble, cuentos de un veterano de guerra. Me cubro a medias con la sábana, como una mortaja. Quizá sea hora de que yo también pida mi baja y pase a los cuarteles de invierno. (Ha sonado la hora de la autocompasión...)

No sé cuánto tiempo permanezco sumido en este coma moral. Hasta que de pronto, ¡milagro, a nadie le falta Dios!, suena el teléfono... "Qué

bueeno que te encuentrooo", me dice una voz cantarina.

Digamos que se llama Mercedes. Y que tiene la seductora costumbre de alargar las vocales, alargarlas casi tanto como sus piernas. Es la única de mi libreta a la que no había llamado, simplemente porque no está en ella. La borraré con *liquid paper* durante un acceso de furia el verano pasado; y después, para tener la seguridad de nunca tentarme a rasparlo, arranqué el pedacito y me lo comí. "Vengo llegando, tuve un día durísimo...", le miento, apelando a la gota de dignidad masculina que me queda en el estante de reserva.

"Ay, qué peeena, y a mí que se me había ocurrido que podríamos salir a tomarnos un trago, no nos vemos hace tanto y juuusto me suspendieron un ensayo." Ese vibrato de sus labios gruesos, la melena aleonada; la estoy reconstruyendo entera de este lado del teléfono. Y sin duda ella lo sabe. Mercedes es una joven actriz profesional y cada modulación de su voz impostada ha sido estudiada para provocar reacciones definidas en sus espectadores. A mí ya me las está provocando, en una zona definida de mi humanidad.

"En quince minutos estoy en tu casa", le digo, saltando de la cama. Y cuelgo antes de que se arrepienta.

Nos conocimos en una fiesta durante el verano anterior, recuerdo, mientras aceleraba a fondo mi Peugeot 205 Junior por las calles nocturnas y más



bien desiertas de Santiago a fines de enero. Puede haber sido un viernes como este. Fue una cita a ciegas organizada por una amiga común. Bueno, digámoslo todo de una vez, la que nos "cegó" fue precisamente Dolores. La infame, la bella e inalcanzable Dolores, que es de esas mujeres altruistas quienes junto con decirte delicadamente que no y sacándote con dos dedos la mano del escote te sugieren que tal vez podrías intentarlo con una amiga de ellas. Y se ofrecen a presentártela. Para que uno quede en familia, supongo. Para que crezca por el mundo la gran parentela extensa del sexo; como si fue-

ran una especie de embajadoras de buena voluntad de las naciones unidas del deseo. Aunque yo llevo un año sin saber si en esa ocasión Dolores, en realidad, había intentado bendecirme o castigarme con su mediación erótica.

Porque si Dolores hacía honor a su nombre, la amiga que me mandó a conocer era como para apelar a la Corte Internacional de Derechos Humanos. Si Dolores era el polo, Mercedes era el ecuador del deseo: junto a ella jamás bajaba la temperatura y la humedad era constante. Era intensa, enigmática, enervante. Del mes que anduvimos juntos, demoramos cuatro horas en

meternos a la cama y cuatro semanas en salir de ella. Pero jamás pasamos juntos una noche completa. O me echaba de su departamento a las tres de la mañana con el pretexto de que al día siguiente tenía ensayo y no podía dormir conmigo al lado. O desaparecía del mío dejándome papelitos en la almohada: "Te veías tan bonito durmiendo que no quise despertarte". Nos citamos un fin de semana para irnos a una playa y esa noche, después de esperarla durante horas, me llamó desde otro lugar de la costa, sin explicaciones, como la cosa más natural del mundo.

Alguien objetará, ¿y este estúpido

ME CUBRO A MEDIAS CON LA SÁBANA, COMO UNA MORTAJA.

QUIZÁ SEA HORA DE QUE YO TAMBIÉN

PIDA MI BAJA Y PASE A LOS CUARTELES DE INVIERNO

por qué no la mandó a la mierda de inmediato? Ahhh, para explicar eso tendría que empezar por describir su cuerpo, los ojos de gata, las cúpulas gemelas de las cuales pendía el velo del misterio... Y no puedo. Me niego siquiera a empezar esa tarea condenada al fracaso y el masoquismo. Por lo tanto, como no me atrevía a otra cosa, empecé a asediarla con preguntas. ¿Dónde iba cuando no estaba conmigo, quiénes eran sus jóvenes amigos —jamás me presentó a uno—, dónde había pasado la noche anterior? "La curiosidad mató al gatiiiito", me decía, cerrándome los labios con un dedo, silenciando mis preguntas. Y unos minutos después estábamos en la cama. Y unas horas después yo estaba desvelado, solo, preguntándome dónde diablos se habría ido a esas horas. Porque en su casa el teléfono sonaba y sonaba sin remedio.

Confieso que terminé por hacerle una escena. El riesgo de convertirme en una versión santiaguina del profesor Unrath esperando a Marlene Dietrich a la salida del camarín con un ramo de flores sólo para verla partir con otro me hizo perder el control. Y perderla a ella. "Estábamos tan bien así", se quejó, antes de salir por última vez de mi departamento, haciendo un mohín de reproche. "¿Para qué tienes que preguntar tanto? ¿Y qué pasa si no te gusta lo que averiguas?"

Sí, qué idiota, qué manía de querer saber, me reproché varias veces en las siguientes semanas. Luego intentaba

tranquilizarme: por suerte, no habíamos alcanzado a enamorarnos, fue puro deseo, me decía. Como si esa reflexión pudiera tranquilizarle las gónadas a alguien. ¡Por supuesto que había sido deseo, idiota! Y ahora, para mi mal, era deseo al cubo, pues estaba alimentado por el más despiadado de los afrodisíacos inventados por el despiadado sexo femenino: la curiosidad. La curiosidad, que en el caso de un escritor duele más que una uña encarnada.

Aprieto el acelerador a fondo, y me hago un juramento: esta vez no le haré pregunta alguna, no le preguntaré ni la hora. ¡Lo juro!

La encuentro, cosa extraña en ella, ya vestida, maquillada y esperándome. Lleva unos pantalones de pescador apretadísimos y algo como una blusa cosaca muy suelta y muy transparente. Detectando mi mirada de rayos X, Mercedes me pregunta: "¿Y qué te parece lo que llevo debaaaajo?" con ese tonillo malicioso, sádico, de la mujer que ya nos sabe perdidos. Se entreabre un poco la blusa, no mucho, sólo lo suficiente para obligarme a acercarme y empinarme sobre el profundo escote si es que quiero salir de la duda. Echo una mirada a ese abismo y le digo, casi sin aliento, con voz de pito, "un sostén". Se ríe, me asesta una cachetada cariñosa: "Nooo, tontito, no es un simple sostén, es un brassier de fantasía. ¿Es que ya no te acuerdas?" De pronto evoco la obra de teatro en la que ella había tenido el rol menor, pe-

ro para mí dolorosamente bien representado, de una vedette. Yo había ido todas las noches durante la única semana que la pieza estuvo en cartelera. Y ahí, en la oscuridad de la platea semi-desierta es donde se me había ocurrido la corrosiva idea de que ella era una versión latina de *El ángel azul* y yo, a mis treinta y tantos, me estaba convirtiendo en el decrepito profesor Unrath. "Por supuesto", atino tardíamente, maldiciéndome por mi lentitud, "ahora me acuerdo". Y me acerco intentando echarle otra mirada a esa bendita prenda de utilería. Pero ella ya se ha cerrado la blusa y está con el bolso en la mano, cerca de la puerta. "¿Nos vaaaamos?"

Mercedes disfruta de esa alegre libertad para vivir en el caos, que es el privilegio de algunas mujeres jóvenes. Sale de casa dejando las luces encendidas, la radio puesta, sin un peso en el bolsillo, ni la menor idea en la cabeza de adónde ir o qué quiere hacer. Y a la postre, de alguna manera, porque la belleza y la alegría son primas de la buena suerte, siempre termina por salirle todo bien. Por eso me extraña cuando apenas instalados en el auto me da una dirección definida en el pseudo-bohemio barrio de Bellavista. ¿Y no íbamos a tomarnos un trago?, estoy a punto de preguntarle, pero entonces recuerdo mi juramento. ¡Ni una pregunta esta noche, ni un signo de interrogación, viejito! Y enfilo hacia allá.

La casa queda en un callejón oscuro



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

MEJOR ARGENTINA

Vamos



SECRETARIA de
TURISMO
PRESIDENCIA de la NACION

PERO JAMÁS PASAMOS JUNTOS UNA NOCHE COMPLETA

al pie del cerro San Cristóbal, casi debajo del zoológico. Es una de esas fachadas corridas a la calle, remozadas en el estilo "conciencia alternativa del patrimonio urbano", es decir que se han limitado a quitarle el estuco y dejar a la vista los feos ladrillos fiscales de lo que fue un conventillo en los años 20. Junto a la maciza puerta de madera raspada, un letrero con el dibujo de un maniquí consigna el nombre de un taller de modas. Mercedes se empuja para tirar la cadena de una campanilla; se empuja, y su ya empinado culo se empuja todavía más detrás de ella y arriba en la oscuridad del cerro el león del zoológico —que no en balde se llama Carlitos— ruge como si la gorila le estuviera retorciendo la cola.

Adentro se oyen pasos, un taconeo casi militar que avanza desde las profundidades del largo caserón por un pasillo de baldosas. El falso farol colonial que cuelga sobre nosotros se enciende y una voz de mujer, que por un instante me parece conocida, pregunta "¿quién es?" Pero antes de que podamos contestarle, la pesada mampara se abre y Dolores, en toda su dolorosa, seria y hasta donde alcanza mi experiencia, frígida belleza, aparece en el umbral.

"Linda", le dice a Mercedes, "creí que ya no venías; te tengo listas las pruebas". Y a mí me da un distraído beso en la mejilla, como si hubiéramos dejado de vernos el día de ayer.

"¿Desde cuándo vives acá?", balbuceo confundido.

"No vivo acá", me contesta, sin darse vuelta. "Es mi taller."

Cruzo detrás de ambas un par de patios que encala la burlona luna de esta noche veraniega. Delante de mí, Dolores y Mercedes conversan a todo vapor, con esa facilidad para el asesinato de imagen que puede tener la charla femenina; en cada patio va quedando un muerto, o más que nada, muertas. Por lo que entiendo, Dolores ha diseñado todo el vestuario de la obra que ensaya Mercedes y tienen el infinito repertorio de cómo se veía el elenco en las sucesivas pruebas, los rollos indisimulables, los hombros caídos, el traje largo de la nosequantitos con el cual parecía pantalla de lámpara, etc. Al fondo del tercer patio, Dolores nos hace pasar a un taller de corte y confección con sus máquinas de coser, sus moldes de papel clavados con alfileres en las paredes, sus rumas de revistas de moda con modelos satinadas en las tapas. Y ese aroma a perfumes peleados que se respira donde sólo trabajan mujeres.

Aprovechando la pausa en la conversación, me atrevo a declararle a Dolores: "Qué coincidencia, justo hoy te llamé, me salió la grabadora". Prefiero sacar el tema yo antes que Mercedes se entere por su amiga y deduzca mis tristes búsquedas de compañía para esa noche, previas a que ocurriera el milagro de su llamada.

"¿Ah sí? No he escuchado los mensajes, no he ido en todo el día a la casa. ¿Y qué me decías, después de tanto

tiempo?", me pregunta Dolores, volviéndose por primera vez hacia mí con cierta extraña malicia. Para no haber ido en todo el día a su casa, luce como le correspondería a la vestuarista en un estreno, con pantalones negros de cuero, botas de taco alto y un bolero de seda obviamente de su propio diseño. Ah, y sin olvidar esa palidez perfecta, escalofriante, que recuerda a Morticia Addams.

"Nada", le contesto, haciendo desvergonzadamente el tonto. "Es decir, sólo quería saludarte."

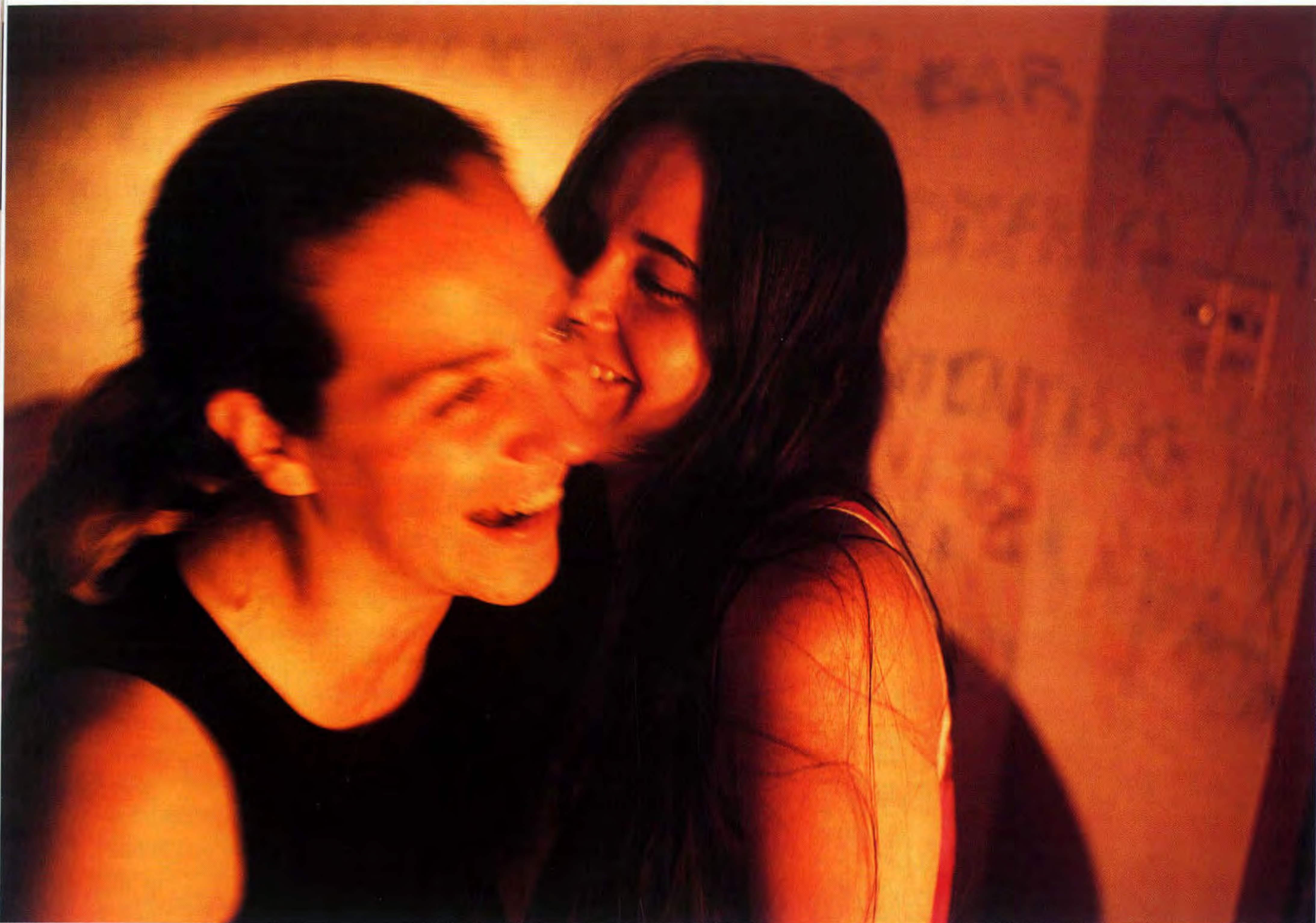
Mientras tanto hemos cruzado el taller hasta una gran habitación, circundada por largos percheros rebosantes de vestidos de todas clases, telas y colores. Dolores arrastra un perchero rodante hasta el costado de un gran espejo de cuerpo entero. Reparo en que el espejo tiene un marco dorado, barroco, digno de la sala de baile de Versalles, y que del perchero cuelgan por lo menos una docena de vestidos, en distintas etapas de confección, algunos terminados, otros simplemente hilvanados, otros con las piezas de tela sueltas unidas por alfileres: "Bueno", dice Dolores contemplando a Mercedes a través del espejo, "¿por cuál empezamos?"

"¡Por el de guardiana! ¡No, mejor el de Lucrecia Borgia!", grita Mercedes juntando las manos, entusiasmada como una niña. Y en un santiamén, en menos de lo que tardo en decirlo, se saca la blusa y el pantalón y hasta el



"brassier de fantasía", y así desnuda adelanta los brazos hacia Dolores, quien le desliza en ellos un vestido de terciopelo color granate; o mejor dicho, seamos honestos, francamente de color sangre. Después Mercedes se da vuelta hacia el espejo y alza los brazos, levantando el vestido por sobre su cabeza. Durante unos segundos maravillosos, gloriosos, permanece así, con el vestido en lo alto y el cuerpo desnudo, erguido, estirado y turgente reflejado en el cristal. Y luego el vestido la va cubriendo lentamente, va cayendo, va resbalando por su propio peso, a todo lo largo de su larga estatura, como una ola, como un labio, como una marea de sangre, cuerpo abajo.

Durante unos instantes no soy capaz de reconocer esta cara entumecida por el asombro, esta lengua asomada, babeante, que me observa desde el espejo por sobre el hombro de Mercedes. Por suerte, un atisbo de identidad me dice a tiempo que soy yo, o más bien mi eslabón perdido, mi australopitecus que se ha salido de su cueva y me mira. En un supremo esfuerzo evolutivo consigo cerrar la boca antes de que alguna de ambas se dé cuenta. Suponiendo que todavía se acuerden de mi presencia. Abstraídas como están en probar un vestido tras otro. Uno repolludo, aflamencado, uno de vestal romana, uno de gasas desgarradas, con las que Dolores envuelve a Mercedes, faja y desfaja su cuerpo, lo modela apretándole o destacándole los



pechos, cinchándole el culo prominentemente, estatuario. Y con cada trozo de tela que le pone o le saca, cada vez que la viste o la desviste, mi corazón se sofoca de calor o tiembla de frío.

...Como es bien sabido, sin embargo, toda delicia, todo placer prolongado en demasía cambia su naturaleza en dolor. Lo cual viene a ser una de las pruebas más evidentes de la condición caída del ser humano. No sólo somos incapaces de resistir un sufrimiento prolongado, sino también una felicidad que se alarga. Definitivamente, no somos ángeles. Si la sesión de pruebas se hubiera limitado a los primeros tres

o cuatro vestidos, mi alma habría agradecido y celebrado ese atisbo que me anunciaba un posible paraíso. Pero la cantidad de tiempo que un par de mujeres puede pasar probándose ropa frente a un espejo normalmente excede el umbral de dolor masculino. Sobre todo cuando afuera la tibia medianoche ha quedado atrás hace un buen rato y hasta las fieras en sus empinadas jaulas del cerro San Cristóbal ya no rugen, sino que bostezan, aletargadas bajo la indiferente luna.

"Lindo, es que no me deciiiido", me dice Mercedes, echando una limosna de atención sobre mi impaciencia.

Pero de inmediato toma por décima vez un vestido y me lo pasa para que se lo sostenga: "Tú que eres más alto". Ya es el cuarto o quinto que cuelga de mis brazos. Y tengo los labios erizados de alfileres, que he ayudado a sacar y poner en un neurótico esfuerzo por abreviar la espera.

"Y qué tal si le pongo esta tira de strass por acá", dice ahora Dolores, pasándome la pieza de bisutería para que la sostenga en cierta posición sobre el escote del vestido. Las dos retroceden un paso y miran hacia mí, juntando sus cabezas un poco para considerar el efecto.

"LA CURIOSIDAD MATÓ AL GATIHITO", ME RETA,

PONIÉNDOME SUAVEMENTE UN DEDO EN LOS LABIOS.

Y ME GUÍA HACIA EL CORAZÓN DE ESA TIBIA NOCHE

"¿Te gusta realmente?", le pregunta Dolores a Mercedes.

"No está tan mal. Me dice algo... ¿Y a ti?"

"Me gustaría un poco más..., cómo decirlo, franco. Pero tiene un aire."

"¿Ingenuo?"

"Eso. Casi inocente."

"Falsamente agresivo, quizás."

"Tierno, diría yo...", dice Dolores.

"Eso, tierno", repite Mercedes.

Luego se miran, fruncen enigmáticamente sus adorables boquitas. Si no fuera porque intuyo la suprema importancia que la alta costura tiene para el alma femenina, casi me daría la impresión de que se aguantan la risa.

"Está bien", dice Dolores, decidiéndose repentinamente y arrancándose el último vestido de la mano. "Pero mejor veámoslo en el probador grande, con todos los espejos." Y tomando de la mano a la desnuda Mercedes la conduce hacia el fondo de la sala, donde se pierden tras una pesada cortina.

En la relación con una mujer deseada hay un momento que todo hombre, en su fase donjuanesca, teme más que a la impotencia: la sensación de haber perdido el timón. La sensación de que a pesar de que llevemos el volante del auto, y tengamos una permanente provisión de condones en la guantera, y hayamos puesto una botella de vino a helar en el refrigerador, antes de salir de casa, es ella la que nos va guiando. Ella que tiene otros planes, secre-

tos, indescifrables. En los que muy probablemente nosotros no seamos más que una pieza utilitaria, de conveniencia, un peldaño hacia otros fines mayores o simplemente circunstanciales. Es un momento en el que dejamos de ser el piloto audaz, el cazador aguerrido, el valiente explorador en busca de las fuentes del Nilo erótico y pasamos a sentirnos como un chofer de taxi, un botones de hotel llevando el excesivo equipaje de una diva, en el mejor de los casos, un amigo de confianza al que se le pide un favor aburrido.

Claro, me digo, ahora todo está muy claro, todo es muy obvio: Mercedes recibió una llamada urgente de su amiga, pruebas de vestuario atrasadas, la próxima semana sale de gira y le hacía falta quien la llevara al taller. Seguramente se encontró sin plata para el taxi, como le ocurre a menudo. Y soy el único huevón de su libreta que pudo pillar en su casa a estas horas, solo, para que la acarreará. Miro el reloj. ¡Qué trago, ni noche linda, ni ocho cuartos! Ya es tarde para iniciar una reconquista, el momento de inercia favorable ha pasado. Cuando por fin termine de decidirse me dirá que está cansada, que por favor la lleve a su casa. O peor, en una de esas la lleva Dolores. Y yo a mi cama ¡a mirar la luna!

Me observo de reojo, amargamente, en el espejo de cuerpo entero. Un par de vestidos me cuelgan de cada brazo, un puñado de alfileres me asoman de la boca, parezco un costurero milanés,

sólo me falta el *caniche* con el collar de brillantes. A lo mejor es mi destino, reflexiono. Quizá la teoría de la homosexualidad inconsciente escondida en el afán de conquistas de don Juan es cierta. Luego de una noche como esta, es como para que a cualquiera se le dé vuelta el paraguas.

La voz cantarina de Mercedes viene a interrumpir mis cavilaciones: "¿Puedes venir a ayudaaarnos?", oigo que me llama desde adentro del probador. Ahora qué, protesto mentalmente, ¿tendré también que sostenerles la huincha de medir?

Al comienzo no veo nada. La pequeña habitación alfombrada está en penumbras, con excepción de una docena de velas repartidas estratégicamente al pie de los espejos. Luego voy abriendo los ojos, abriéndolos de par en par. Sobre un gran, profundo, inolvidable montón de cojines hindúes, están Mercedes y Dolores, recostadas y completamente desnudas. O más bien cien, mil Mercedes y Dolores desnudas, duplicadas y multiplicadas en los espejos, haciendo el gesto de pasarse de boca a boca un evidente pito de marihuana. Al verme con mis ojos como platos y los vestidos colgándome de los brazos, sueltan a coro una carcajada. Y el humo que habían estado reteniendo llena la pequeña habitación.

"¿Qué están haciendo?", alcanzo a balbucear como un imbécil, formulando mi primera pregunta de la noche, y casi tragándome los alfileres.

QUE SE REFLEJAN ENTRE SÍ; A TRAVÉS DE SUS

CUERPOS SE DIVISA, SIN FONDO, EL INFINITO

Pero Mercedes ya está a mi lado, me toma por un brazo:

"La curiosidad mató al gatiiito", me reta, poniéndome suavemente un dedo en los labios.

Y me guía, me guía hacia el centro de ese laberinto de espejos, hacia el corazón mismo de esa tibia noche de verano.

Muy tarde, en la tarde del día siguiente, amanecí en mi cama, solo. Me dolían hasta los huesos, me sentía rendido; literalmente, como el soldado que se ha rendido en una batalla contra fuerzas superiores, ante las cuales ha sido un orgullo bajar la espada. Recordaba vagamente haber salido del taller de Dolores a esa ciudad distinta que es la propia al amanecer. No se cómo ni a qué hora llegué a mi departamento. Pero cuando esa tarde abrí los ojos el techo de mi cuarto —esa pantalla en blanco donde proyectamos nuestros desvelos— me devolvió de inmediato al paraíso.

Dos mujeres frente a frente son como dos espejos que se reflejan entre sí; a través de ellas se divisaba, sin fondo, el infinito. El infinito con todas sus posibilidades y preguntas inquietantes. Por ejemplo, el misterio de la unidad del yo. ¿Por qué estamos limitados a esta única versión de nosotros mismos, de nuestra vida y nuestro cuerpo? ¿Quién pudiera dividirse alguna vez, ser dos, desdoblarse como en la experiencia mística cuando el alma se separa del cuerpo? Así por lo menos habría

querido repartirme entre mis dos amigas. Y sin embargo, la prisión del ser tiene una sola celda. Y en ella estuve confinado, incapaz de multiplicarme ante la diversidad del universo.

No obstante, también es cierto, cavilaba yo frotándome las ojeras, que existe una forma de escapar a esa celda. El amor puede ser la única puerta abierta en el muro de soledad que rodea al individuo. El amor puede ser la única salida, o mejor dicho, entrada. ¿Pero qué pasaría si esa puerta, por alguna rara suerte en la vida, fueran dos? Entonces, me contesté, incorporándome en la cama golpeado por una luminosa revelación como Newton cuando le cayó encima la manzana, ¡entonces tendría dos entradas! ¡Mi yo tendría dos umbrales para cruzar al paraíso!

Me descubrí sacando cuentas alegres. Me obsesionó una aritmética incesante en la cual todos los solitarios números cardinales se multiplicaban por dos, se elevaban al cuadrado. Intuí una geometría triangular, en la cual yo era siempre esa hipotenusa que conectaba a los dos catetos. Empecé a descubrir claves esóticas escondidas en todas las cosas. Sumé los números correspondientes a la fecha de mi nacimiento. ¡Por supuesto! Cómo no lo había visto antes: un tres. Estaba predestinado. Por fin logré salir de mi cama, y tras la dosis sabatina de café con alka seltzer, me puse a planificar el inagotable futuro. Sentía la frente afiebrada y una sonrisa boba insistía en rizarme las co-

misuras. Mi imaginación hervía con las posibilidades que se abrían ante mí. Una ilusión de potencia inextinguible me embargaba.

Aceptaría el desafío, ese verano y quizá durante el resto de mi vida trasladaría mi domicilio al país de las amazonas, pasaría diariamente entre Escila y Caribdis, me rendiría cada noche ante la diosa Kali, la de los múltiples brazos, aunque me descuartizara. Recordaba vagamente su figura tentacular atrapándome en un espejo del probador, ¿o estaba bordada en esos cojines hindúes en los que nos habíamos hundido? Como fuera, las marcas azules en mi cuello eran muy reales, me dije, examinándolas en un espejo. Y decidí llamar a mis amigas en ese mismo instante, antes de ponerme a dudar de todo. La mano me temblaba cuando tomé el teléfono, el dedo índice presionó con sagrado temor la segunda cifra... Este sí que sería un verano inolvidable, ¡doblemente inolvidable!

Para hacer el cuento corto, digamos que no volví a verlas, en mucho, mucho tiempo. Una grabación me infomó que ese domingo Dolores se iba a Brasil, de vacaciones. Y en mis entusiasmos aritméticos yo había olvidado que la siguiente semana Mercedes partiría de gira con su compañía. "Pero si te lo conté anoche. ¿No te acueeeerdas, lindo?", dijo su voz indecentemente inocente en el teléfono: "Y ahora disculpa, pero parto volando para un ensayo, chauciiito". Y colgó antes de que pu-



diera, conforme a mi maldita costumbre, preguntarle nada.

Me arrastré de vuelta a mi cama, abrumado. Si perder un amor es duro, perder dos puede ser mortal. No había considerado ese vuelco funesto en mi recién inventada matemática. En ese mundo de potencias al cuadrado y triángulos perfectos, quien se queda solo se queda *doblemente* solo.

Y doblemente curioso. ¿Llamó Dolores a Mercedes contándole que yo la había llamado a esa hora miserable de un viernes de verano y ambas planearon aquel encuentro entre los tres, por alguna razón que sólo el último día de enero, o el arcano del impredecible deseo femenino, podría explicar? ¿Un año antes, cuando Dolores me presentó a Mercedes, fui yo el cordero gozosamente sacrificado en el altar de un rito privado, secreto? ¿Cuál es la raíz de -2? ¿Estuve realmente en el paraíso?

Decidí que nunca lo sabría. Y de a poco, además, intuí que no me hacía falta saberlo. La noche estaba cayendo de nuevo sobre el caldeado valle de Santiago y pronto asomaría en mi ventana la burlona luna a preguntarme: ¿cómo te fue? Pero esta vez yo sabría qué contestarle. Tenía una respuesta que me alcanzaría para todo el verano, para varios veranos. Le recitaría esos versos de Vinicius: "...ya que el amor no es eterno, porque es llama / que sea infinito, en tanto dure".

Y si dos fueron las llamas, ¡dos veces duraría el infinito! ■

DIGRESIONES

Islas de Grecia

Si se busca un escenario ideal para enamorarse hay que rumbar directamente a las islas de Grecia. Allí es sólo cuestión de ir y sentarse a esperar. Acosadas por viajeros y terremotos, las casi dos mil islas que pueblan el mar griego parecen el destino perfecto para los que quieren vivir un romance inolvidable. Por eso mismo la industria del turismo creció allí a golpes de amor y fantasía. Por las escarpadas costas de las islas Jónicas, Cícladas o Espóradas seguramente deambula ahora el fantasma de Shirley Valentine, protagonista en la ficción de una divertida comedia de Lewis Gilbert. Shirley es algo así como una metáfora cinematográfica de esa mujer de su casa que un día deja a su familia para vivir la gran aventura amorosa y existencial con la que había soñado. Sobre el mar Egeo la isla de Skiatos cuenta con setenta playas de ensueño. Un número sorprendentemente alto de mujeres solas recaló allí buscando al pescador de sus sueños. Y lo peor del caso es que lo encontraron. Las cosas tomaron tales proporciones que los hombres nativos de Skiatos ya armaron una suerte de ranking o puntaje según el cual la conquista de una inglesa vale un punto, mientras que noruegas y alemanas valen dos puntos o más.

CHICOS SERIOS Los jóvenes argentinos son reacios a los amores fugaces. Una reciente investigación de Demoskopía asegura que el 77 por ciento de ellos prefiere una pareja estable.

La luna y las fogatas

En esta novela definitiva del italiano Cesare Pavese (1908-1950) es posible encontrar ese mundo onírico y veraniego de las colinas y las viñas, típico de este autor. Las páginas de esta narración intensa y celebratoria están pobladas de tiernas o ariscas figuras femeninas —doradas por el sol—, de hombres taciturnos y de un paisaje que también, como todo lo demás, es mito. En ese ambiente rural los amores asoman como flores con la lluvia. Y luego, tan rápidamente como surgieron, se desvanecen.

Mundo Chejov

La mayoría de los amores que nacen en los relatos del ruso Anton Chejov (1860-1904) no se realizan. Casi todas esas pasiones transcurren en lentos veranos, en dachas o casas de campo, en tardes de lluvia o bajo un sol aplastante. Sus protagonistas son seres acosados por el tedio y la insatisfacción, soñadores tristes que sólo se alimentan de vagas aspiraciones. Con amor y piedad, Chejov mira a sus criaturas consumirse en fuegos fatuos y pasajeros. Los antihéroes de *El tío Vania*, *La estela*, *La dama del perrito*, *La gaviota* o *El jardín de los cerezos* apenas alcanzan a rozarse. Un beso, a veces un abrazo y después la culpa, el remordimiento, la incapacidad de ir más allá.

Locura surrealista

Los poetas surrealistas defendieron en sus textos y en su vida una noción del amor loco, sublime, espontáneo y ardiente como un amor fugaz. Lo erótico, para ellos, proclama la dignidad de la vida inmediata, libre, siempre a la altura del deseo. No hay amor sin maravilla, desde este punto de vista. Y no hay maravilla sin sorpresa. Para Eluard, Breton, Tzara y tantos otros escritores, el amor es la pasión que exalta todos los mecanismos de la vida. Es la unión de lo físico y lo metafísico, es al mismo tiempo cumplimiento y desobediencia. No importa nunca la duración.

En el área de la fotografía, el estadounidense Man Ray también supo expresar que el amor es libertad y la libertad sólo puede dar lugar al amor loco, abrupto, jamás planificado. La fusión entre el amor sublime y el amor erótico —con pleno disfrute de los órganos que participan en su realización— adquiere, para los surrealistas, el rango de protesta contra la chatura habitual de la condición humana, contra el amor de invierno.

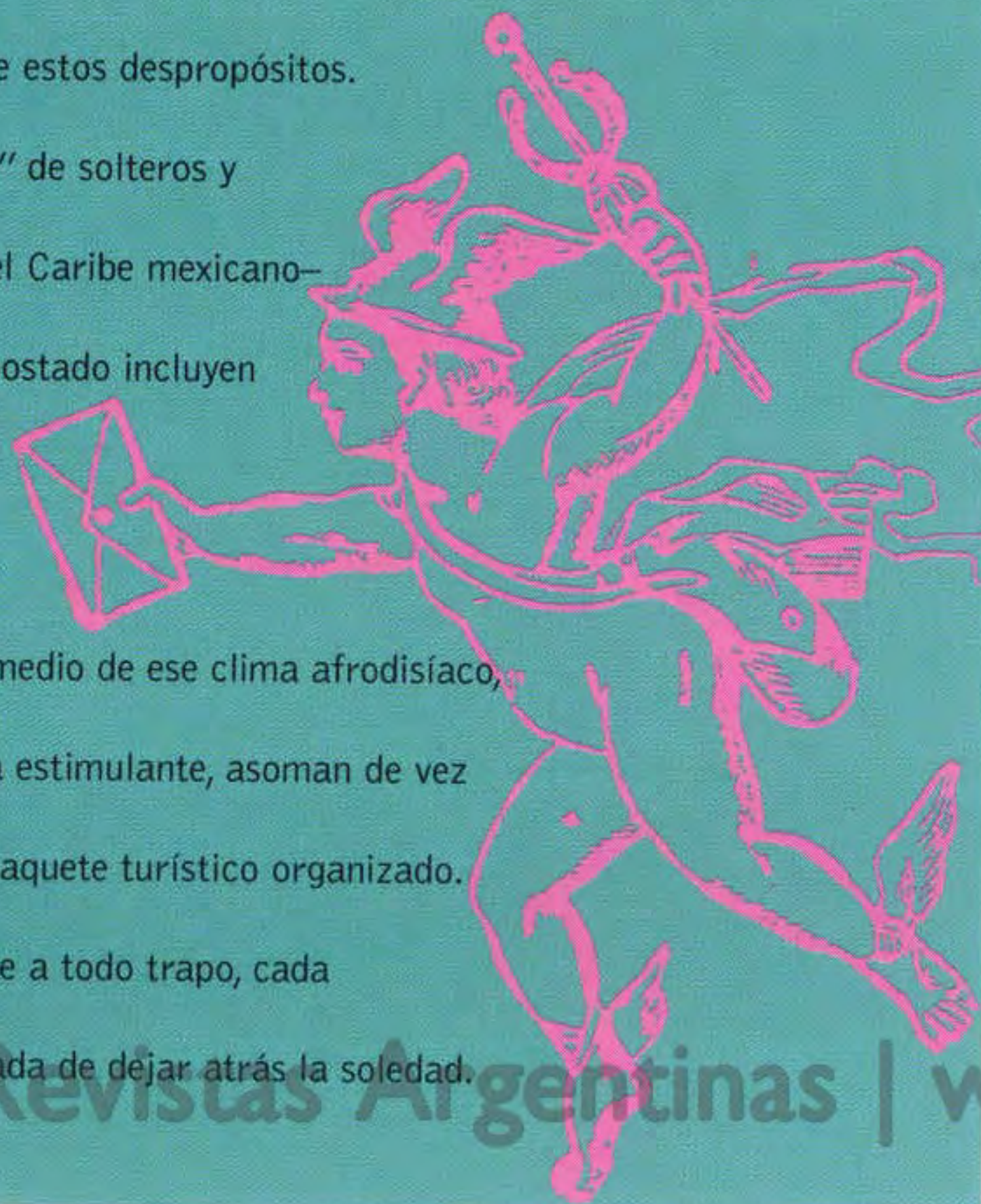
*Man Ray:
un arte que experimenta
y se arriesga*



Cupidos profesionales

No existe nada peor que los amores de verano organizados. Ni tampoco nada mejor cuando las cosas salen bien. El mundo de los solos y solas está poblado de estos despropósitos.

Últimamente se organizan incluso congresos "mundiales" de solteros y solteras que suelen hacerse en las playas de Cancún —en el Caribe mexicano— o de Varadero, en Cuba. Estos tours de romanticismo impostado incluyen fiestas de disfraces y "juegos de integración" en los que no faltan las iniciativas presuntamente eróticas donde los participantes deben desvestirse total o parcialmente. En medio de ese clima afrodisíaco, donde la ansiedad y el ron funcionan como buena fórmula estimulante, asoman de vez en cuando algunos amores que no suelen ir más allá del paquete turístico organizado. Cuando el encuentro "mundial" finaliza, con brindis y baile a todo trapo, cada cual vuelve a su cueva; pero eso sí, con la esperanza renovada de dejar atrás la soledad.



Últimos románticos

Enamorarse de alguien —en verano o en invierno— parece, hoy en día, un acto de plena subversión. El enamorado es el verdadero héroe de nuestro tiempo. A veces muere de verdad y otras veces sucumbe en medio de desengaños y desencuentros. Alguna gente se queja de que el romanticismo está en retirada. ¿Es así? El sociólogo inglés Anthony Giddens (Londres, 1938) opina que el amor romántico es muy positivo pero que, a la vez, suele presentarse de una manera "confusa, difícil, problemática". Los últimos románticos aspiran a establecer un vínculo donde lo emocional se sobreponga a lo material. "Gran parte del amor romántico es una suerte de anticipación de un futuro posible en el cual el hombre y la mujer se relacionen de un modo diferente de como lo hacían en el siglo XIX", dice Giddens. Y añade que el amor romántico es, también, "un deseo de estar con la otra persona no porque esta tiene propiedad, o porque ejerce algún tipo de poder, sino simplemente porque se quiere estar con ella".

Doctorado en pasiones

El primer centro universitario que investigará sobre el amor ha sido creado en Italia y estará dirigido por el conocido sociólogo Francesco Alberoni.

Considerado entre los mayores expertos mundiales en alquimia amorosa, Alberoni es autor de varios ensayos, entre ellos uno dedicado a indagar en los amores de verano. Para el especialista este tipo de romances requiere de un ambiente propicio al erotismo espontáneo, "algo que —dice— no se da mucho en esta época".

Hiroshima mon amour

Estamos en el verano de 1957, en agosto, en la ciudad japonesa de Hiroshima. Un hombre y una mujer se encuentran en ese espacio nimbado por la tragedia atómica. Y en una única noche cons-

Marguerite Duras
Hiroshima
mon amour



truyen un amor tan breve y fulgurante como el estallido de la bomba. La historia es contada en palabras e imágenes por la escritora francesa Marguerite Duras (1914-1996) en la obra **Hiroshima mon amour**. Los cuerpos se encuentran sobre la cama de un hotel desolado. El hombre le dice a su compañera que ella no sabe nada de Hiroshima. La mujer le habla de la dolorosa imposibilidad de hablar del tema. No es un amor adolescente, es una pasión adulta la que nace y muere, de noche, en Hiroshima.

PARA VIVIR UN GRAN AMOR Los que quieran prepararse para una gran aventura pueden leer este librito clásico de Vinicius de Moraes. El gran poeta carioca ofrece aquí una serie de aguafuertes, crónicas periodísticas y poemas que tienen como eje el universo de la pasión. Entre los consejos para vivir un gran amor figuran la concentración, la paciencia, "saber tomar whisky" y ser "impermeable a las habladurías", algo que —dice— no se da mucho en esta época.

Primer beso en bicicleta

Algunos amores de verano no se pueden concretar por circunstancias ajenas a las intenciones de cada cual. Esta parece ser la conclusión de **Las bicicletas son para el verano** (1983, Jaime Chavarri, con la actuación de Victoria Abril), un film español ambientado en los años de la Guerra Civil, en una villa burguesa situada lejos del área de conflicto.

Los protagonistas adolescentes del film apenas alcanzan a encontrarse y a concretar sus escauceos. La guerra pisa fuerte e interfiere en el calor de los afectos y los cuerpos.



Cuento de verano

Quienes hayan visto **El rayo verde** —un film emblemático del francés Eric Rohmer— no se sorprenderán cuando vean **Cuento de verano**. En los dos films asistimos

a las insufribles recorridas playeras de gente que no encuentra amor o que lo encuentra sin darse cuenta. En **El rayo verde** la protagonista es una chica que no se enamora nunca. En **Cuento de verano** todo gira en torno a las andanzas de Gaspar, un músico que camina indefinidamente por la playa, compone canciones y no sabe qué hacer con su corazón errante. Finalmente encuentra a Margot, una joven tan perdida como él, y a otras dos mujeres que van armando una trama en torno al músico indiferente.

¿Comedia de enredos? No precisamente. Hay, en Rohmer, una búsqueda existencial muy parecida a la que obsesiona a sus deliciosas criaturas.



CUCAIBA 0-800-222-0101

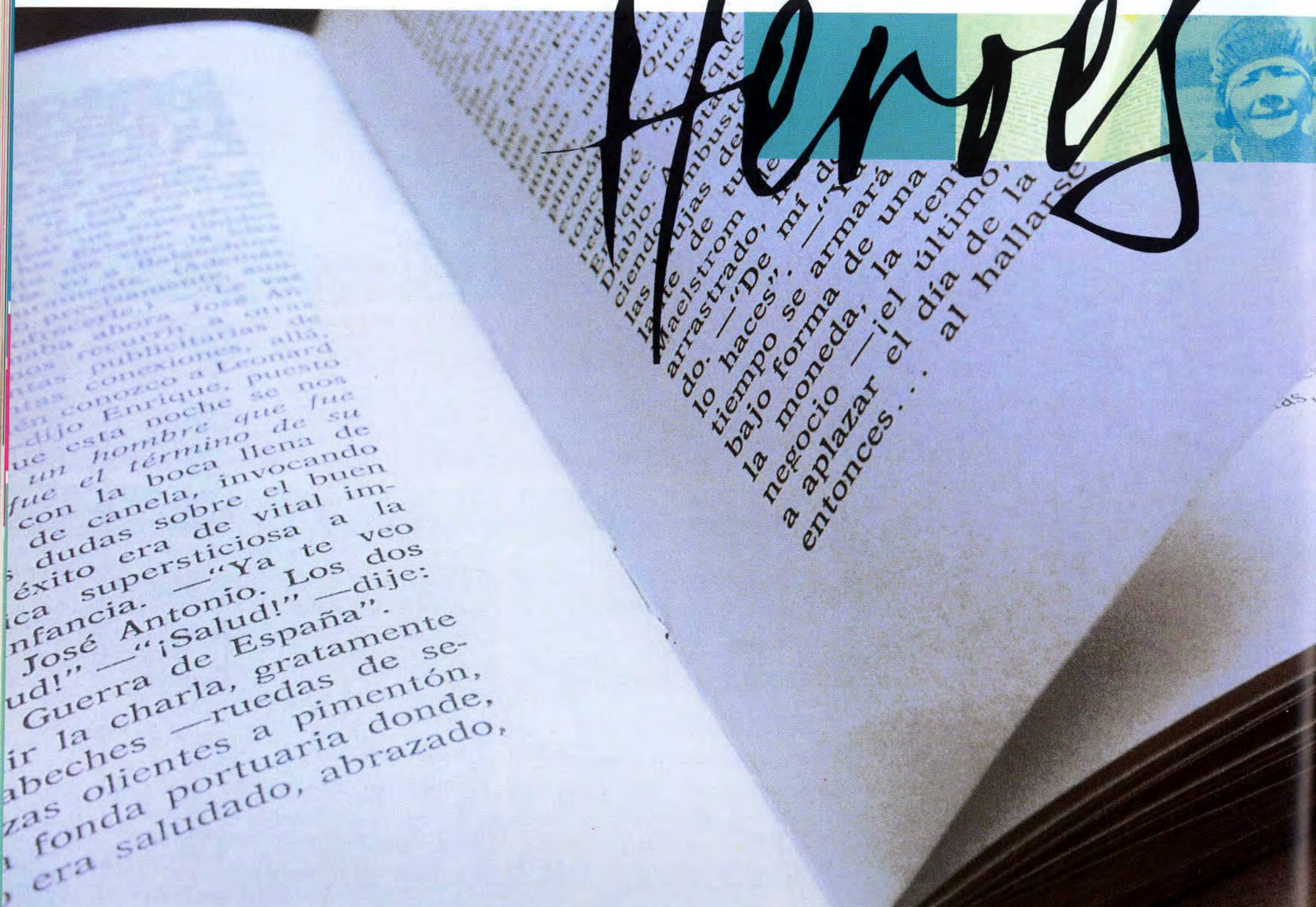


SEAMOS DONANTES

Centro Único
Coordinador
de Ablación
e Implante
de la Pcia.
de Buenos Aires.

BUENOS AIRES
PARA TODOS
GOBIERNO DE LA PROVINCIA
MINISTERIO DE SALUD

Heróes



LAS RELACIONES

FURTIVAS

DE LAS FIGURAS

HISTÓRICAS

Preservados

"6 de julio, por la mañana.

Mi ángel, mi todo, mi ser mismo. Hoy sólo unas palabras y escribo con lápiz (el tuyo)... ¿Acaso nuestro amor puede durar como no sea a través del sacrificio de todo que cada uno no lo exija todo del otro? ¿Acaso puedes modificar el hecho de que no eres totalmente mía y yo no soy totalmente tuyo?"

Apenas una línea de texto arrebatado escrito por Ludwig van Beethoven desencadenó lo que hasta hoy es uno de los thrillers de pasión más misteriosos de los que se tiene memoria. La carta, única de amor correspondido encontrada entre las posesiones de Beethoven tras su muerte, es el producto de un viaje infernal del compositor: dos días a los tumbos bajo la lluvia, en una diligencia correo, por bosques embarrados. Pero no contiene ni el año ni el

lugar desde el que fue escrita, ni el nombre de la destinataria. Se trata quizá de la más furtiva pieza en la historia universal de los amores furtivos, al punto que hasta hace pocos años nadie acertó en demostrar a qué mujer invocó Beethoven aquella mañana de 6 de julio. Durante casi dos siglos se polemizó sobre la célebre "Amada inmortal" a la que se dirige y que inspiró fiascos biográficos, estafas y controversias. Todavía es reciente la película en la que Gary Oldman hizo de Beethoven. Allí, la frase "sólo unas pocas palabras escritas con lápiz" se repite para darle de comer al enigma.

Desde 1827, año del fallecimiento del autor de la Heroica, al Gran Premio Amada inmortal se lo disputan una de-

cena de mujeres bastante muertas. Tres de las candidatas formaron parte de algo así como un cuadrángulo amoroso familiar y cambiante con Beethoven. Dos eran hermanas y condesas: Josefina y Teresa Brunsvik. La tercera era prima de las otras y por supuesto que condesa. Se llamaba Julieta Guicciardi. Dependiendo del año y el lugar, esas mujeres y otras más se cruzaron en la vida de Beethoven. Era una época fervorosa y los encuentros tenían múltiples formas: domingos campestres, tertulias encendidas por ideales libertarios, clases de interpretación, momentos de cuidados primorosos en la enfermedad, ensayos y estrenos, guerras, secreteos, dedicatorias de obras célebres, rectificaciones en las dedicatorias de esas obras célebres,

Ami Ángel, mi todo, mi ser mismo

desencuentros, desamores y lágrimas.

Al menos en sus años de juventud, en Viena, Beethoven no fue sólo el hombre salvaje que pasó a la historia como prototipo del genio tormentoso. Con considerable esfuerzo podía resultar un camarada más o menos cortés. Beethoven fue, para usar la deliciosamente anacrónica expresión de Romain Rolland, "muy favorecido por las amistades femeninas". Pero en materia de mujeres era también inseguro, atropellado, fantasioso, renuente a la hora de los bifes. De manera que sus amistades femeninas se fueron casando, una a una, con señores más previsibles y más condes que él. Su fama fue captada en esta otra pintura de biógrafo: "Una pasión absorbente pero temporaria, que dura hasta que su objeto contrae matrimonio, deja el lugar a otra destinada a durar de manera semejante. Hasta que al fin se disipa por completo la esperanza en la posibilidad de un vínculo permanente y constante con una persona".

La historia de la Amada inmortal tiene la virtud de alimentar el sino trágico del más desgarrado de los compositores, es decir que tonifica el mito y explica lo sublime de su genio con una frase como esta: "Su obra brotó de aquella profundidad que ni la salud ni la enfermedad, ni la felicidad doméstica ni la adversidad pueden proporcionar". Tiene también la decencia de que el enigma, por más ADN que le pongan, siga vigente, cargado con energías sinfónicas. Hay algo más en esa famosa

carta desfechada y desbordada, en la que Beethoven despotrica contra el cosmos porque "Los dioses deben deparrarnos lo que nos merecemos". Ese algo más consiste en que el remitente clama por una forma muy humilde de justicia: la posibilidad de que él y la Amada puedan vivir bajo el mismo techo.

Qué cosas no hubieran dado algunos genios tormentosos por ceder algo de su tempestuosa libertad a cambio de una porción de segura, serena, simple afectividad doméstica. Aunque luego se arrepintiera. Y aunque a los pocos días, muy genial y despóticamente, tronara contra el ya banal objeto de su amor.

LA HORA DE LA ESPADA

"Mi dulzura: te escribo en mi papel ordinario de periodista, porque efectivamente, soy redactor del diario donde ha creído reconocermi mi princesa, hasta que encuentre otro menos crujidor. Como el que tú empleas, mi alma, y que para mayor delicia me llega ahora con la caricia de tus piecitos adorados." Este otro arranque, de nuevo con alusión al soporte material, pertenece a una carta escrita por Leopoldo Lugones a Emilia Cadelago. El era cincuentón y ella adolescente. El flash, según el verso del poeta, fue una cosa así:

*Lo que aquella tarde me cambió la vida
dejándola a la otra atada
fue una joven suave de vestido verde
que con dulce asombro me miró callada*

Así como Beethoven dedicó una composición tras otra a las condesas Brunsvik y demás amadas inmortales, de la misma forma Lugones le escribió a Emilia 150 poemas y cartas de amor. Eran textos encendidos, no como los versos idiotas que le dedicaba a su esposa. Lo terrible no fue lo que pudiera conocer la esposa del romance —secreto durante los años que duró— sino cómo terminó la historia. Leopoldo Lugones —intelectual voraz y autor de no pocos "versos altisonantes" según semblanza de Noé Jitrik— fue un hombre que pasó del anarquismo incandescente de sus años mozos al liberal/militarismo, a vincularse con la Liga Patriótica y a pegar el famoso grito de Ayacucho contra la chusma radical: "Ha sonado una vez más, para bien del mundo, la hora de la espada". En sus últimos años, reflexionando sobre la Patria fuerte, escribió: "La gloria y la dignidad son hijas gemelas del riesgo; y en el propio descanso del verdadero varón yergue su oreja el león dormido... Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza".

Su hijo le salió así de eléctrico, al punto que inventó la picana. Fue el hijo comisario el que cortó de cuajo la relación mediante un trámite simple: fue a casa de Emilia y amenazó con denunciar a su padre por insania si no se dejaban de ver. Fue un acto de esos que van a lo más hondo de nuestra argentinidad: le hizo escuchar la grabación de

Hoy sólo unas palabras y escrito con el piz
(el tuyo)...

¿Acaso nuestro Amor
puede durar
como no sea a través
del sacrificio

de todo que cada uno
no lo exija todo del otro?

¿Acaso puedes modificar
el hecho de que no eres
y totalmente mía
Yo no soy totalmente tuya



LUDWIG VAN BEETHOVEN

conversaciones telefónicas entre los amantes.

Del final de Lugones se sabe tanto que ya resulta turístico: suicidio con veneno en El Tropezón, el 18 de febrero de 1938. La segunda parte de lo terrible es lo que había blasfemado el año anterior cuando se suicidó su amigo Horacio Quiroga: "Se mató como una sirvienta".

YO SOY COMO LA LOBA...

El poema célebre de Alfonsina dice: *Me faltaba un amor y ya lo tuve/ una infamia también, y dí con ella/ un engaño y lo hallé. La sabia sube/ a copular mi vida en una bella/ rama cargada que pesarme siento/ y empiezo a madurar: estate atento.*

La pequeña anécdota histórica dice esto otro: un día Alfonsina Storni estaba en la mesa de un bar con su amigo Santiago Cozzolino y le dijo: "Estoy enferma de soledad... ¿No cree usted que yo debería haberme casado? Pero nadie quiere casarse conmigo". El amigo reaccionó así:

—¡Cásese conmigo, Alfonsina!

Lo importante le corresponde a ella y la idea es insistir: en todo genio creador, por amante de la libertad que sea (y de sus furtivos gozos), late una inclinación susanesca al casamiento. Hoy le llamamos seguridad jurídica.

De una tertulia literaria habida en Santa Fe Alfonsina obtuvo un romance y de allí un hijo, Alejandro. El nacimiento se produjo en 1912 y del parto

Me faltaba en amor y ya lo tiene
 una infancia también, y di con ella
 un engaño y lo hallé. La sabir sube
 a copular mi vida en una bella
 rama cargada que pesarme siento
 y empiezo a madurar: esto te estento.



nació otro verso célebre: *Yo soy como la loba, ando sola y me río... El hijo y después yo, y después, ... ¡lo que sea!* Las relaciones de Alfonsina Storni, madre soltera y feminista, fueron circunstanciales y desmentidas. En 1922 conoció a Horacio Quiroga. Según la biografía de Josefina Delgado, a ella le venía gustando esa cosa trágica, insolente y animal de Quiroga. También la fama de lobo estepario y perseguidor de doncellas. Escribió Quiroga en una carta:

"Anda por Buenos Aires una admirable criatura de dieciséis años, a cuyo recuerdo soy fiel en razón de una noche que cené en su casa, ocupando la larga hora en buscar con mi pie debajo de la mesa lo que, ¡oh Dios!, me fue acordado encontrar con ajeno beneplácito. Aun llegué a bajar la mano, en pretexto de corregir la servilleta, y la coloqué, con la curva precisa, sobre su rodilla, un momento, un solo momento".

A Alfonsina no la persiguió a lo Neanderthal, fue con altura. Compartieron conferencias, tertulias, provocaciones y la pasión por Wagner. Las fo-

tos de viajes los muestra en poses divertidas y un recuerdo de Norah Lange habla de un juego erótico para niños: Quiroga sostiene en el aire un reloj de cadena al que ambos tienen que besar por sus caras opuestas. En el momento preciso, Quiroga hace ¡uooopsss! Pero llegó el momento difícil, cuando Quiroga resolvió irse a Misiones y le propuso acompañarlo. Ella dudó y consultó con Benito Quinquela Martín. Quinquela fue breve:

—¿Con ese loco? ¡¡No!!

Quiroga se fue solo a San Ignacio, volvió al año, la cosa se fue apagando. Dos amigos suyos describieron así el vínculo con Alfonsina: "Sus relaciones —aun si son o no juegos de amor o de inteligencia— con una de las anacóndicas, mujer de alto relieve intelectual, adquirieron caracteres deslumbrantes. El sexo estaba seguramente allí con sus magnetismos cósmicos... Abordaban los temas del amor no como amantes, sino como admirables esgrimistas... Si el afecto de la joven blonda fue muriendo irremediablemente por exceso de idealidad, este siguió el mismo camino

por sobresaturación de psiquismo".

Irremediablemente, fue el título del tercer libro de poemas de Alfonsina Storni.

SENTIR CADENAS

Ya viudo y vuelto de su primera experiencia en Misiones, Quiroga la conoció como vecina de su casa de Vicente López. Pero antes que eso como amiga de su hija Eglé. María Elena Bravo y Eglé tenían edades similares, de hecho estudiaban juntas. En las viejas fotos María Elena Bravo aparece muy hermosa: los ojos claros, los pómulos altos, un cierto porte a lo Lauren Bacall. Quiroga le presta libros, le charla, le da clases, le da vueltas. El primer libro se lo dedica así: "Desde ahora y hasta la eternidad". Su hija Eglé se siente incómoda. Quiroga se las ingenia para ir con María Elena a los conciertos de la Wagneriana, hasta que el padre Bravo le da un ultimátum a la hija:

—Ya mismo se me va a Montevideo y si ese señor le escribe usted no contesta.

Quiroga le manda una caja con sobres y papel en blanco, sus propias epístolas las dirige a nombre de "señora de Quiroga". En julio de 1927, a los 49, Horacio Quiroga se casó con la vecinita que no llegaba a la veintena, la que podía ser su hija. Pasaron tres años. Hacia 1930, año del golpe de Urriburu y viviendo en Buenos Aires, Quiroga comienza a sumar discusiones con María Elena. Planea un segundo exilio en Misiones al que María Elena se opone. Pero Quiroga envía a su hijo Darío como adelantado a Misiones y prepara esa segunda expedición. Se instalan y, por supuesto, él no encuentra la serenidad o la plenitud que busca. Se siente solo pero de la soledad hace su causa. "El hombre aislado es el verdaderamente fuerte", dice en una carta, citando a Ibsen. En otra cita a María Elena: "Un exceso de personalidad, como dice mi mujer, me hace sentir cadenas en la más ligera traba a mi voluntad".

Un día María Elena abandona la selva y lo mismo hace Eglé, que deja a su marido. Quiroga, fracasado como colono y solísimo, se concentra en obsesivas anotaciones personales. En 1936, seis años después de su segundo retorno a Misiones, vuelve enfermo a Buenos Aires. Se interna en el Clínicas y en una de sus visitas César Tiempo lo encuentra leyendo *Tarzán* y novelas policiales. También lo visitan sus amigos de siempre: Ezequiel Martínez Estrada, Alfonsina Storni, su hija Eglé, su todavía joven esposa María Elena Bravo. El 17 de febrero de 1937 Quiroga le dice sonriendo que pronto volverán a Misiones, que ya compró un martillo y clavos para ciertas reparaciones. Al día siguiente se entera del cáncer. Casi a la medianoche toma su ración de cianuro. Los gastos del ser-

vicio fúnebre corrieron por cuenta de Natalio Botana, director de *Crítica*. Fue entonces que Leopoldo Lugones lo dijo —"Se mató como una sirvienta"— para envenenarse al año siguiente. Alfonsina Storni lo despidió con un poema y se suicidó un año y medio después. Alfredo Palacios —mujeriego célebre, impetuoso duelista— se preguntó: "¿Qué le pasa a la poesía y el amor? ¡Demasiadas muertes y demasiadas tragedias!" Eglé se suicidó en 1938. Darío, el segundo hijo, en 1951.

SAN MARTÍN-ROSAS-PERÓN

El ADN está de moda. Meses atrás el mundo académico sanmartiniano —estamos hablando del oficial/inmaculado, argentino hasta la muerte— convocó al escarmiento público luego de que el periodista y escritor José Ignacio García Hamilton asegurara en su libro sobre San Martín que El Santo de la Espada era un maldito mestizo, hijo de capitán de fragata y opinable guaraní. Imposible y degradante, clamaron los sanmartinianos, como sosteniendo que el bronce —semejante bronce— jamás pudo fraguarse en un amor furtivo. El escándalo llegó al Senado —típico titular aborígen—, en donde se exigieron pruebas de ADN para determinar quiénes fueron los padres de quien la-cima-de-los-Andes-escaló.

Hay quienes sostienen que el auge de la novela histórica en la Argentina tiene que ver con la necesidad de reexplorar de dónde venimos y qué somos. Es más que posible, siendo que nos formaron ofertando un futuro de grandeza y miren dónde estamos. Ojalá pudiera hacerse, en lugar de un único análisis de ADN sobre los restos de San Martín, el mapa completo del genoma argentino para así resolver qué

demonios somos. A falta de genoma, la historia y la narrativa histórica son aceptables muletas y permiten saber por ejemplo qué historias amorosas como las de Lugones, Quiroga, Alfonsina Storni, no son exclusivas de algún presunto submundo encantador en el que los permisos que se toman —eventualmente— se pagan con desdichas.

Lucía Gálvez, autora, historiadora, es especialista en estas cosas del amor y los próceres. Cuenta por ejemplo que Manuel Belgrano murió soltero pero no boludo y que tuvo sífilis y amantes e hijos que no reconoció. Una de sus mujeres fue María Josefa Ezcurra, cuñada de Juan Manuel Rosas y mujer casada con un primo que a los nueve años de matrimonio prefirió volverse a España. El hijo que tuvieron no habrá sido reconocido pero sí fue adoptado por Juan Manuel de Rosas y Encarnación Ezcurra. Se llamó Pedro Rosas y Belgrano. Antes de eso, en la misma noche en que lo homenajearon con gran baile en su honor por sus triunfos contra los realistas, Belgrano conoció en sentido bíblico a María Dolores Helguero. Tampoco reconoció a esa otra hija que tuvo.

Los de Belgrano son unos pocos porotos anotados en la vasta genealogía de nuestros héroes. Habrá que pedirle al ADN que corrobore, pero no por nada nuestros bronces fueron nuestros. Unitarios o federales o lo que fuera pero a lo caudillo, a lo sudaca, a lo Macondo. Así que saltando el centenario de hijos de don Justo José de Urquiza y los amoríos de Sarmiento ("Los hombres forman las leyes y las mujeres las costumbres", decía el Maestro, como para dejarlas en su lugar), se llega sin mayor conflicto a la vida privada de don Hipólito Yrigoyen. Así de solitario y Peludo y levitón



LEOPOLDO LUGONES

*Mi dulzura: te escribo en mi papel ordinario de periodista,
donde ha creído reconocerme
mi princesa*

negro como era supo tener una decena de hijos a los que jamás reconoció. Seguro: nunca abandonó su departamento de soltero de la calle Brasil y sus relaciones fueron cama afuera. Sólo con Dominga Campos, niña bien de 17, Yrigoyen tuvo seis hijos. Tres de ellos murieron de chicos y Dominga falleció tuberculosa cuando presuntamente pensaba en casarse.

Yrigoyen supo perseguirlas joven-citas, mientras dio clases de Instrucción Cívica y Moral. Se habla de una tal Rosaura con la que tuvo un hijo y de Alicia Moreau de Justo como objeto de sus cetrerías. Puede que Alicita fuera demasiado para el Peludo. A los 21 años ya asistía a su primer Congreso de Libre Pensamiento en el que disertó sobre "La escuela y la revolución". Y aunque por entonces *Para Ti*, severa e imperiosa, sostuviera que "Una mujer casada, joven y linda, no debe permitir en absoluto que la acompañe por la calle un hombre que no sea su marido, su padre o su hermano", ella prefirió ser la amante durante diez años de don Enrique Del Valle Iberlucea, distinguido dirigente del Partido Socialista. Después sí, se casó con Juan B. Justo. Un año después de la muerte de Justo, y aunque médica de vanguardia, militante y periodista febril, Alicia escribió estas otras líneas que tampoco tienen a lo furtivo como horizonte de la existencia: "¿Por qué me parece mi vida sin objeto, sin aliciente, algo que será siempre incompleto?"

*Hasta que encuentre
otro menos crujidor.
Como el que tú empleas,
mi alma,
y que para mayor delicia
me llega ahora
con la prauca
de tus piecitos adorados*

porque efectivamente soy redactor del diario

VENDAVAL ERÓTICO

Así tituló su nota años atrás un periodista fervoroso en *El Porteño*. Es sólo un ardid para llegar a Perón y al peronismo con una pregunta urgida que los políticos no se han dignado responder del todo aunque les competa: por qué razón el peronismo ha mostrado a la Historia sus vísceras y cada uno de sus bajos instintos, mientras que de San Martín al último radical todo es bronce y pulcro, incluyendo ya que estamos lo que se dice sobre el no matrimonio de Raúl Alfonsín. ¿Hay una solidaridad de clase encubriendo las furtivas, comparables libertades de sus referentes?

Hubo quien llamó a Yrigoyen "asceta de la democracia" y él no tuvo demasiado reparo en decir de sí mismo: "Yo vine al movimiento nacional con mi cerebro caldeado en la inculcación de un ensueño infinitamente superior e irreductible, y con mi alma inflamada hacia las justas y legítimas grandezas de mi Patria; y en ese santo y puro propósito, que he mantenido incólume, está toda la savia de mi vida".

En la línea oratoria Balbín-De la Rúa, sin sushi, fue más o menos así que Yrigoyen pasó a la historia, antes que por sus amores furtivos, su duelo con Alem o su tenacidad como conspirador y revolucionario. Todavía hoy queda el recuerdo de la presunta misantropía del Peludo como sinónimo de virtud republicana, aun cuando otros vieran en sus encierros pura mediocridad e intención de hacerse el qué sé yo. En cambio

Perón, mi General, a caballo de una ópera-rock y de no pocas biografías, ha quedado dibujado en lo que concierne a su relación con Eva (hija de amor furtivo) poco menos que como un cobarde y un ladino, además de milico bananero, arribista y de corazón helado. Eso al menos dice una versión más o menos hollywoodiana pese a que, cuando la relación de Perón y Evita dejó de ser furtiva, hasta el corresponsal de la revista *The New Yorker* decía de la pareja: "Toda su actuación está basada en el amor. Están constantemente, locamente, apasionadamente, nacionalísticamente enamorados". Por una vez la mirada de un norteamericano hacía intersección con la de Arturo Jauretche, para quien la unión Perón-Evita era la de "dos voluntades, dos pasiones de poder". Esa otra mirada sobre Eva Perón fue la que se hizo fuerte. Hacia 1971, cuando se espesaba el proceso de peronización de las clases medias argentinas, en una nota de *Panorama* rescatada por Mabel Bellucci para *Todo es Historia*, Jauretche daba algunas pistas reveladoras: "Yo no era amigo de Eva... Ella me miraba con respeto, pero no me quería. Es que tenía, pobrecita, una desconfianza muy grande hacia los intelectuales. Es razonable. A Eva la han querido hacer pasar como una prostituta". Muchos años después Madonna se empeñó en seguir encarnando a Evita según moldes de medio siglo atrás.

Con el tiempo se supo más y se difundieron los escritos de Eva Perón en

los que se revelaba esa especie de amor fanático entreverado con mística religiosa. Pero la leyenda sigue pesando: todo lo que en Eva aparece como frontal y descarnado, en Perón es contradictorio, ambiguo, sibilino, aun cuando de un amor furtivo hizo un asunto de Estado. Decía Perón de ella: "Me seguía como una sombra, me escuchaba con atención, asimilaba mis ideas y las ejercitaba en su mente extraordinariamente ágil, y seguía mis directrices con gran precisión". Hay también en el corazón de hielo la capacidad de dedicarle un párrafo rosa. Aparece en la carta que le escribió en los días de prisión en Martín García. "Mi adorable tesoro: sólo cuando estamos apartados de quienes amamos sabemos cuánto les amamos... Esta inmensa soledad está llena de ti... Tan pronto salga de aquí nos casaremos y nos iremos a vivir en paz a cualquier sitio." ¿Beethoven y Perón un solo corazón?

Finalmente, la típica frase burlona del General (los ojitos achinados, la sonrisa de Gardel) cuando los correveidiles objetaban la relación:

—Para mí, ella vale cinco ministros juntos... ¿Qué quieren? ¿Que salga con un hombre?

MOTOCICLETAS

En las previas de esta nota, a modo de orientación y ocurrencia, el director de esta revista mencionó al pasar la más famosa leyenda de los amores furtivos de

¿Por qué me parece mi vida?



ALICIA MOREAU DE JUSTO

sin objeto, sin aliciente, algo que será siempre incompleto

Perón. Eran las chicas de la UES a las que Pochito presuntamente llevaba en moto y a la Quinta, la de Olivos. ¿Tuvo eso algún vínculo con la creación de la Rama Femenina? Seguramente no. Pero sí hay múltiples y no del todo difusas relaciones con todo lo que el peronismo destapó en la sociedad, todo lo que estaba latente y a menudo prohibido.

También existieron límites: Perón se animó a casarse con Eva, esa mujer, actrizucha y presunta advenediza, a contramano de los ceños fruncidos en los ámbitos no sólo militares. Pero Eva no integró la fórmula como candidata a vicepresidente. Bastante antes, Marcelo Torcuato de Alvear, ese sí un auténtico aristócrata (el fundador de la dinastía fue celestino para el casamiento de San Martín con Remedios de Escalada), pasó por encima de los quinientos telegramas de repudio que le enviaron las graves conciencias porteñas cuando Regina Pacini, de profesión cantante, pasó de la aceptada categoría de querida a esposa. Durante un tiempo Alvear se recluyó con su mujer en su poderosa mansión normanda, Manoir de Coeur Volant, cerca de Versailles. Tanto resistió que volvió a la vida pública convertido en ministro plenipotenciario de Yrigoyen en el extranjero y desde 1922 ella terminó demostrando que podía ser flor de primera dama. Pagó un precio: sacrificó su pertenencia a una dinastía de músicos y dejó la carrera por él. Oh, el fe-

menino sacrificio. Mientras Marcelo T. se instalaba en regio petit-hotel con eméritos transfugas al solo efecto de recibir queridas.

"No te preocupes, Regina —la consolaba—, a todas esas yo les he levantado las faldas." Eran las últimas épocas doradas de la vieja aristocracia argentina. Y como bien le decía una vaca a la otra en una caricatura de entonces: "Hasta nosotras lo esperamos todo de Alvear."

Pero volvamos al peronismo y a lo que en vida fuera su Rama Femenina. En el recuerdo de quien escribe las últimas imágenes de la RF son más bien horrorosas y datan de 1975. Mujeronas autoritarias y gritonas, bastante más conservadoras que sus parientes montoneras, con mucho spray en las cabezas, al estilo ¡¡Atrás-atrááás!! del personaje de Antonio Gasalla. Es una época espesa de la historia argentina en la que la leyenda de Pochito y las chicas de la UES todavía tenía su vigencia. Esto —claro— difiere sensiblemente de la historia de furtividades con que el actual líder del movimiento deleita multitudes en su affaire con la chilena Cecilia Bolocco.

Pero con estas pocas historias que llevamos acumuladas —de Beethoven a Quiroga, de Yrigoyen a Perón— es curioso que todavía se utilice la palabra escándalo cuando se habla de los abortos de Zulema o del Salón Oral de Bill Clinton. Y hasta resulta inocente reprocharle a Menem pecados tales como

haber instalado la frivolidad en la República, antes núbil. Ni siquiera puede decirse con absoluto rigor que el imperio de lo mediático y el afán voyeur por conocer la privada vida del prójimo sean un invento contemporáneo. La historia de Alvear-Pacini fue escándalo en su época. También puede tildarse de menemista la separación de Amalia Fortabat de su primer marido, cuando se decidió por el millonario que la venía acosando con regalos monumentales desde hacía seis años —él también estaba casado, por supuesto— y que al fin se la ganó en una noche parisina. Aquel divorcio salido con fritas desde Uruguay sacudió los cimientos de la crême. Y cuando Amalita y el Rey del Cemento se casaron no lo hicieron una sola vez. Cinco veces nupciaron en cinco viajes por el mundo.

Si se trata finalmente de hacer flamar la vieja consigna de no hay nada nuevo bajo el sol y retrotraerse mucho, pero mucho tiempo atrás, siempre conviene apelar a los griegos. Porque es cierto que el Dios judeocristiano es un tipo más bien hosco y contrahecho. Los dioses griegos, en cambio, tipos expansivos, fueron los primeros en farandulizar los grandes temas de la humanidad y no tuvieron mayor inconveniente en comportarse amorosa y sexualmente como entrañables energúmenos. Fundadores míticos de la moral menemista, es seguro que se habrán solazado cada vez que sus histo-

CGP Centros de Gestión y Participación



CGP N° 1 • Uruguay 740, 1° - Tel. 4373-1896

CGP N° 2 sur • Junín 521 - Tel. 4375-0644/0645

CGP N° 2 norte/N° 14 este • Cnel. Díaz 2120 - Tel. 4827-5957

CGP N° 3 • Av. Martín García 427/29 - Tel. 4307-0774

CGP N° 4 • Sarandí 1273 - Tel. 4305-2878

CGP N° 5 • Av. Centenera 2902/06 - Tel. 4918-2243

CGP N° 6 • Av. Díaz Vélez 4558 - Tel. 4981-5291

CGP N° 7 • Rivadavia 7202 - Tel. 4613-1530

CGP N° 8 • Av. Roca 5252 - Tel. 4604-0218

CGP N° 9 • Timoteo Gordillo 2212 - Tel. 4687-6251/2095

CGP N° 10 • Fco. Beiró 4629 - Tel. 4501-2302

CGP N° 11 • Fco. Seguí 2125 - Tel. 4582-3985

CGP N° 12 • Miller 2751 - Tel. 4522-9947

CGP N° 13 • Av. Cabildo 3061, 1° - Tel. 4702-3748

CGP N° 14 oeste • Av. Córdoba 5690 - 4771-7286

Para todo tipo de consultas

0-800-2222-CGP
247

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

GOBIERNO DE LA CIUDAD

Un adorable tesoro: solo cuando estamos a parados de Jhones mami

rias privadas llegaban por vía de la narración al común de los mortales.

¿Y por qué fascinaban tanto sus historias? Porque sus sentimientos eran simplemente humanos, aunque auroleados. Es decir, por lo mismo por lo que atraen los amoríos de Urquiza o de Rodrigo. Porque en la medida en que se trata de asuntos humanos, nada de ellos nos resulta ajeno, sobre todo si emergen pequeñeces o debilidades. Ahí están Beethoven o Quiroga buscando su sosiego. También está George Sand, abuela de muchas Alfonsinas en el mundo. Por su genialidad como escritora, por haber shockeado a los hombres y mujeres de su tiempo al cuestionar la moral sexual y la distinción de géneros, por haber andado con Musset, Merimée, Chopin y Manceau, por feminista, por influir en Dostoievsky, Flaubert y Proust, también por vestirse de varón y fumar su pipa en público, por todo eso sus contemporáneos acuñaron la desdeñosa expresión georgesandismo para escupírsela a cada mujer que quiso ser autónoma.

Por parte de padre, George Sand fue el fruto de amores bastardos en la aristocracia francesa. Su madre había sido prostituta en los cuarteles. Fue criada por una abuela y tuvo una infancia salvaje y lectora, como la de las turbulentas hermanitas Brunsvik, las amigas de Beethoven. Fue revolucionaria y generosa; sostuvo económicamente a hijos y a amantes. Una sola oración

anotada en su diario describe la maravillosa libertad con que disfrutaba de sus amantes: "Esta noche también quiero que venga. Estoy destrozada a mordiscos y a golpes. No puedo tenerme en pie. Me siento frenéticamente feliz". Siguió teniendo sexo del bueno a los sesenta años.

Y sin embargo George Sand supo casarse en 1822 con señor barón de apellido Dudevant y tuvo dos hijos. Y en algún artículo feminista escrito a fines del siglo XX no falta la descendiente de George Sand (Annelise Maugue en *Historia de las mujeres. El siglo XIX*) que subraya que aquella mujer peleó por la tenencia de sus hijos y cocinó budín para los hombres, cuidó de Chopin enfermo y confeccionó pantuflas "para un marido del que ya estaba separada".

Difícil centrarse en historias de amor furtivo que impliquen rupturas absolutas en la historia. También fue buena madre de familia Elisabeth Stanton, líder feminista estadounidense que en el siglo XIX se atrevió a decir: "El desarrollo de uno mismo es un deber más sagrado que el autosacrificio" (de la buena madre de familia). Mientras que Ernesto Che Guevara, emblema del desprendimiento, escribió en una carta: "Sé lo que te quiero y cuánto te quiero, pero no puedo sacrificar mi libertad interior por vos; es sacrificarme a mí y yo soy lo más importante que hay en el mundo, ya te lo he dicho".

Se lo dijo a un amor furtivo, María

Cristina Ferreyra, cordobesa de familia bien, poco antes de su viaje mitológico con Alberto Granados, el que hizo en La Poderosa, de nuevo una moto. Antes de partir compró un ovejero alemán para Chichina Ferreyra y lo bautizó *Comeback*. Pero nada de "come back". En enero de 1952, tras una trifulca política en Miramar con la familia Ferreyra, el Che le dijo a su padre: "Me voy a Venezuela".

—¿Y tu novia?

—Si me quiere, que me espere.

Comeback se quedó con Chichina, Chichina con una pulsera de oro que él le regaló. Ella le prestó 15 dólares bajo juramento: sólo para que el roto del Che se comprara una malla decente una vez llegado en moto a los Estados Unidos. ¿Existiría hoy la Revolución Cubana de haber sido menos furtivo aquel amor del Che?

No hay respuestas para esta pregunta forzada pero sí últimas noticias en el caso Beethoven. Mentira: no son últimas noticias sino afirmaciones hechas en una biografía escrita por Maynard Solomon en 1977. Pero qué sería de las historias de amor furtivo si no le metemos una trampa. Cuenta Solomon en el caso de la Amada inmortal que hacia 1910, con bases probatorias científicas, los investigadores pudieron asegurar que fue en la noche del 4 de julio de 1812 que Ludwig van Beethoven abordó la diligencia correo de cuatro caballos que lo llevó por los embarrados bos-

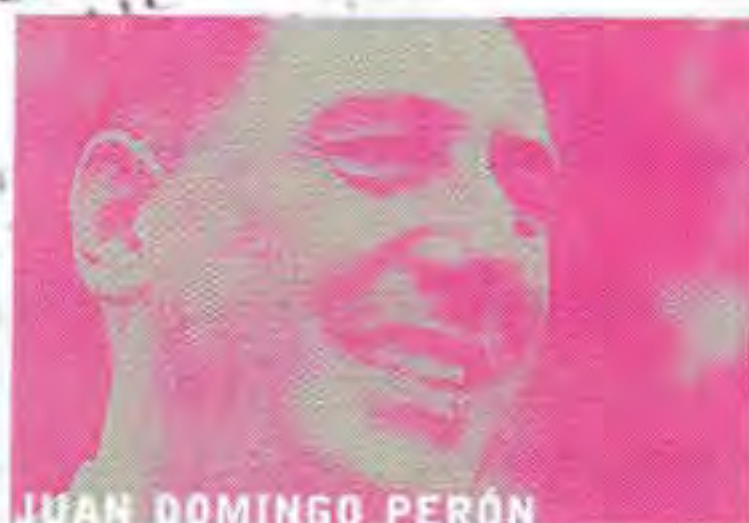
Sabemos cuánto les amamos...

Esta inmensa soledad
está llena de ti...

Tan pronto salga de aquí...

nos casaremos y
nos iremos a vivir en paz...

a cualquier
sitio



JUAN DOMINGO PERÓN

ques de Bohemia hasta una posada en Teplitz, habitación 62. Durante 65 años nuevas generaciones de investigadores anduvieron cruzando datos y buscando registros policiales y tratando de saber dónde y con quién estaba cada amada inmortal mientras Beethoven —alguien le llamó “el gran solitario”— le escribía a una, sólo a una. Hasta que en 1977, a lo Holmes, Maynard Solomon se atrevió a decir: la Amada inmortal, la dueña del lápiz con que Ludwig escribió su carta, fue... —the winner is— ... Antonie Brentano. Y qué pena, muchachos. Porque se trató de otra mala idea de Beethoven. Antonie era casada y para colmo con banquero.

Ustedes dirán: ufa, viejo, cuántas historias sin final feliz. Ah, no. Aunque de cimas menos elevadas que las de Beethoven, tenemos esta otra historia de amor furtivo y tormentoso en la que el protagonista es un genio creador y bien argentino: Enrique Santos Discépolo. También llovía esa noche y la leyenda cuenta que Discepolín debía consumir un pacto suicida con su enamorada. Noche llena de hastío y de frío y las olas rompiendo contra la Costanera; Discepolín esperándola. Hasta que por fin apareció ella bajo el aguacero, con un largo perramus y el paraguas.

Entonces Discépolo le batió:

—¡Claro! Yo te espero debajo de la lluvia y vos venís así, toda tapada. ¡Rajá, no merecés ni suicidarte!

Y no se suicidaron ■

CARRUSEL

el mejor amigo

Es cierto: a las palabras se las lleva el viento. Pero a veces sirven para iniciar una —¿inolvidable?— relación. Una de las maneras más usuales para empezar a hablar con un extraño es tener algo en común. Por ejemplo, un perro. Sí: el “¿Qué lindo! ¿Cómo se llama?” quizá sea una gran plataforma para encarar una charla con esa persona que tanto nos atrae. Y ya tendríamos el punto de interés en común. Este animal, así como puede suministrarle una excusa perfecta para seducir a su amor de verano, tal vez sea también una gran compañía para las demás estaciones.

Inst. Luis Pasteur, Díaz Vélez 4821, todos los días de 8 a 17,

animales en adopción. Veterinaria Agronomía:

Cocker desde \$ 300, Av. Fco. Beiró 2424. Animal

Kingdom: Pinscher mini desde \$ 350,

Labrador desde \$ 500, Av. Medrano 1920.



gafas

Al hablar de los amores que el verano trae, probablemente pensemos también en lo rápido que se va y en el poco tiempo del que disponemos para atacar con las armas de la seducción. Por eso hay que aprovechar cada minuto y optimizar los recursos. Un buen par de anteojos que no revelen la dirección de nuestra mirada es un aliado perfecto para un trabajo que roza lo detectivesco: nadie sabrá hacia dónde miramos, pero sabremos quién nos mira.

Anteojos de sol: Vision Express, Solar de la Abadía (Luis M. Campos y Gorostiaga), desde \$ 35 hasta \$ 330.

trajes de baño

A principios de siglo los trajes de baño se caracterizaron más por ocultar aquellas partes que uno reserva sólo para elegidos que por mostrarlas o sugerirlas.

Pero los tiempos han cambiado y ahora se oculta poco: nuestros cuerpos miran y se dejan ver y para esto también hay que estar preparado. Porque claro, lucir

bien, aunque sólo llevemos una prenda mínima sobre la piel, nos hace más sensi-

bles a los ojos ajenos que nos miran bajo el sol. **Mallas de**

mujer: Chocolate outlet, Av. Córdoba 4856,

Desde \$ 19 hasta \$ 70. Mallas de hombre:

Cristóbal Colón, Paseo Alcorta /

Abasto, desde \$ 30 hasta \$ 49



piletas de lona

Si usted no tiene la chance de ir de vacaciones a la playa, tampoco es cuestión de quedarse varado en el departamento. Las fantasías acuáticas de las mejores películas aún están a su alcance. Habilite la pelopincho en cualquier rincón de la terraza e imagine que las moles de hormigón se transforman en una sugerente enredadera tropical. El agua puede ayudar a distender las tensiones de la ciudad y, a lo mejor, también a encender algún lado oculto. **Mar-sol: Cap. R. Freire 1153, desde \$ 30 (1,25 x 0,65 m) hasta \$ 490 (4,70 x 3,30 m).**

Ferweld: San Pedrito 754, desde \$ 40 (1 x 1,50 m) hasta \$ 500 (4,80 x 3,20 m).



**“ NOS DIJIMOS ADIÓS, OJALÁ QUE VOLVAMOS
A VERNOS. EL VERANO ACABÓ, EL OTOÑO DURÓ
JOAQUÍN SABINA
LO QUE TARDA EN LLEGAR EL INVIERNO ”**

fue en un pueblo con mar...

...denuncia el español Joaquín Sabina contando un amor fugaz que lo llevó a apedrear una sucursal del Banco Hispanoamericano. Esta historia —digna de entrar en el arcón de los recuerdos— habla de lo que puede provocar un encuentro efímero entre dos cuerpos y de las maldiciones a destiempo por quedarse esperando 12 meses para volver a verse. Parece ser que una cita de apenas un par de horas tal vez deje marcas para toda la vida. **Física y química: American disc, Av. Corrientes 1823, \$ 20.**

filmadoras

Los mejores momentos suelen quedar guardados en la memoria. Pero el tiempo los deforma, los hace distintos y al pasar los años ya no se sabe qué hubo de cierto en todo eso. Si usted está de acuerdo con esta idea y decide protegerse contra la memoria perecedera, filmelo todo con una handy cam. Incluso luego edítelo y haga distintas versiones para compartir con los amigos. **Sony desde \$ 699 hasta \$ 3.000, Zenok, Av. Corrientes 1221.**

IL POSTINO S.R.L.

**CORREO PRIVADO
& MENSAJERIA
RNPSP N° 512**

**UN SERVICIO DE PELICULA...!!!
SUS PIEZAS VIAJAN SIEMPRE CON DESTINO
CERTIFICADO / MENSAJERÍA ULTRA RÁPIDA
/PERSONAL ASEGURADO (ART)**

4866-4440

4867-0036

BUENOS AIRES ARGENTINA

**SERVICIO EN MOTO:
Trámites - Cobranzas
Depósitos Bancarios
Recorridos Diarios
Pagos de Servicios
DGI - Licitaciones
Correo interno
Servicio de Bolsines**

**CORREO:
Mailing - Encomiendas
Todo Tipo de Distribución
Ensobrados, Doblados
y Etiquetados**

**Mencionando esta revista
importantes descuentos**

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

**Amores de verano (I)**

El amor duró exactamente un verano. Llegó como regalo de fiestas navideñas y se fue volando con las hojas secas del otoño. Por esos tiempos yo era digna de una película de Tim Burton, vivía en mi mundo privado, sin contacto con el exterior, más que una madre quejosa y un padre artista reprimido. Sin amigos, sin contacto con la sociedad, sin fiestas de 15 ni nada, excepto mi frondosa imaginación un poco reprimida... Es el amor que un día se aparece en un velatorio después de no verlo por años y me hace llorar. Verlo fue como dejar de ser niña en un instante... Me invitó a llamarlo... lo llamé.

Nos encontramos en Plaza Francia y tomamos cerveza investigando gustos de música y otras nada... A él le gustaba Prince, yo todavía no me había enterado de que existía la música moderna, sólo sabía las 20 canciones del coro de Haedo. Así nos volvimos a conocer, nos tiramos en el pasto a seguir charlando, esta vez más compenetrados gracias al alcohol. Después de confesarse diciéndome que siempre le había gustado, me preguntó si podía besarme... obvio que le dije que sí. Y nos besamos, tomamos un whisky y seguimos besándonos. El verano y el amor me hicieron conocer todo lo que en mi encierro no existía: las fiestas raras (techo negro, paredes rojas), la música, el sexo bien sexo, el placer, gozar la transpiración

de otro en uno, las drogas, el alcohol, el desenfreno. No tenía tiempo de pensar si era feliz, sólo me disponía a relajarme y gozar. Promediando el verano él me detuvo dándome cuenta de que no quería dejar de sufrir semejantes sensaciones. Me dijo que todo había estado buenísimo, pero que no podía ser y que en una semana se iba a Cabo Polonio con una amiga. Que no me enojara pero las cosas eran así. Y no me enojé. Me enfurecí, me dolió, me torturó y no tuve más remedio que hacerle caso. Las cosas eran así.

VALERIA VENEGAS

vvenegas@infovia.com.ar

Amores de verano (II)

Furtivos, breves, intensos, provisorios, prohibidos, permitidos, robados, prestados, buscados, encontrados, des-encontrados, compartidos, arrancados, oscuros, brillantes, plácidos, dolientes, desollados, enmascarados, taponados, rozados, penetrados, crujientes, sangrantes, curativos, enfermos, angustiados, agriados, saboreados, pensados, sorprendidos, galantes, maltratados, gritados, cantados, silenciados, provocados, ahogantes, asfixiados, filosos, tallados, punzantes, esperados, desesperados, desubicados, fútiles, fugaces, estrellantes. Porque las condiciones no estaban dadas, porque no era ese el momento, porque los lugares, las edades, los pasados, los futuros, no calzaban. Palabras para nombrar la cobardía.

Con la suscripción de **LATIDO** te regalamos dos números de los anteriores a elección.

Suscribite a Latido y recibí de regalo dos ejemplares a tu elección.

☐ N°3 ☐ N°5 ☐ N°6 ☐ N°7 ☐ N°8 ☐ N°9 ☐ N°10
☐ N°11 ☐ N°12 ☐ N°13 ☐ N°14 ☐ N°15 ☐ N°16 ☐ N°17
☐ N°18

Un año (12 números)

Argentina \$ 54.-
 Uruguay, Brasil, Paraguay,
 Bolivia y Chile \$ 75.-
 Resto de América \$ 84.-
 Resto del mundo \$ 88.-

Formas de pago:

- Cheque o giro postal a nombre de Latido S.A.
- Débito en mi tarjeta Visa ☐ Mastercard ☐

N°
 Vencimiento Cód. seg.

Nombre:
 Dirección completa:
 Documento:
 Ciudad:
 País:
 Tel:
 E-mail:

Firma

Envía este cupón (o su fotocopia) por correo a Revista Latido - Medrano 1940 piso 7 (1425) Buenos Aires. Si pagás con tarjeta de crédito, también podés enviarlo por fax al tel: (011) 4824-8870.

Suscripciones del exterior: pago exclusivamente a través de tarjeta de crédito. Tasa de cambio aproximada al cierre de esta edición:

1 peso argentino = 1 dólar estadounidense.

Cualquier consulta es bienvenida en el (011) 4824-8870 o a través de latido@giga.com.ar



¿Acaso será demasiado el coraje necesario para no hacer zapping también en el amor? ¿Y si nos animamos a traspasar la estación? (Digo, para no quedar estacionados.)

SUSANA DOEYO

sdoeyo@aol.com

Desde Barcelona

Hola.

Sorprendida encuentro su revista en un portal (buscando cualquier otra cosa, como suele siempre suceder cada vez que me sumerjo en la "red"). Gratamente sorprendida, entonces, la he encontrado y quería aprovechar para saludarles, felicitarles por el trabajo que están realizando. Desde hace unos cinco meses estoy nuevamente en Barcelona (¡qué original, una argentina en España! ¿Cosa rara, no?) después

de haber pasado una temporada de ocho meses en la Argentina (exactamente en Mar del Plata). Recuerdo que mi única lectura en el avión de vuelta fue vuestra revista, precisamente el número dedicado a la violencia es el último que había leído. Bueno, ahora puedo verlos por Internet.

Simplemente quería saludarles, y si desean comunicarse conmigo ya saben dónde encontrarme. Que el latido siga siendo fuerte y preciso como hasta ahora. Les cuento un secreto: dentro de mi vientre también "late el latido" de una pequeñita (mitad vasca, mitad argentina).

Suerte.

ANDY LINES

huevera@hotmail.com

Los hijos

Gracias a una amiga, amiga del alma, conocí Latido.

Desde entonces disfruto plenamente de su lectura. Quiero hablarles del número de noviembre, "Los chicos": me invitó a unas reflexiones que tengo ganas de compartir con ustedes. Tal vez el tema me toca muy de cerca, pues soy madre de tres niños que junto a mi pareja "elegimos" tener; y en mi profesión de psicomotricista trabajo con niños; acompañándolos en su camino hacia la autonomía, hacia su posibilidad de crear, de construir. Me preocupa hace mucho tiempo ver cómo esta sociedad (familia, escuelas, medios de comunicación) aliena niños desde que nacen para que ingresen domesticados al sistema.

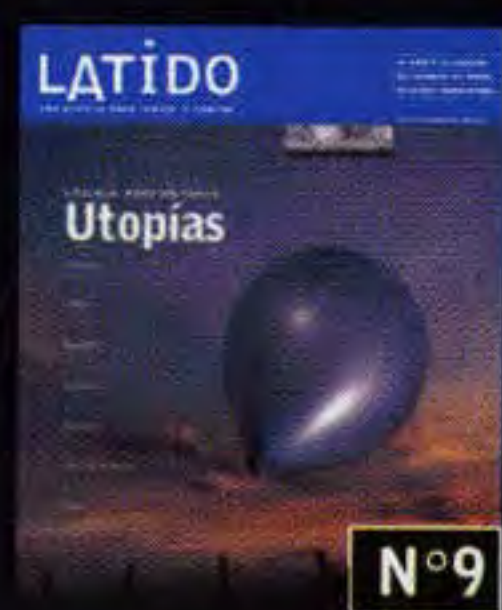
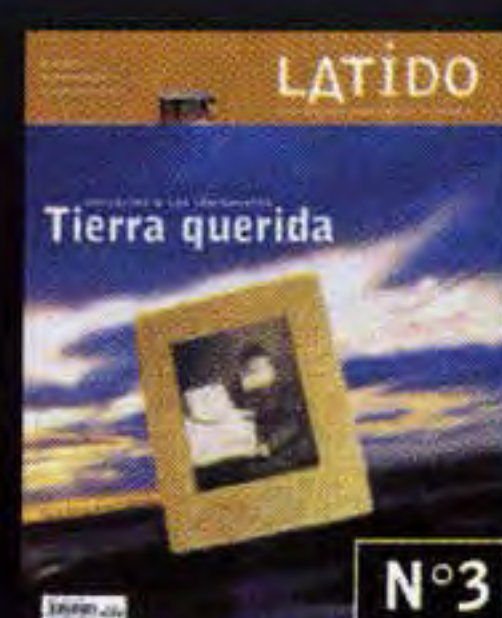
Haciendo zapping por la tele, por ejemplo, me llamó la

atención —y luego me enojó mucho— ver cómo hacen "uso" de los niños para vender. En un programa, incluso, se usaba el "soborno" mostrándoles caramelos, o el llavero tan preciado, a nenes gateando para que lleguen a una meta para ganarse no importa qué. Se utiliza un deseo tan profundo de esos mismos niños a los que luego sus papás, en otras circunstancias, les dirán que "no" sin ninguna razón. De esa manera colaborarán en la gran confusión para sus hijos y por supuesto en no respetarlos como tales y manipular sus vidas.

Esperemos que esos niños el día de mañana no sean políticos... Por lo de los sobornos, ¿no?

MARÍA FERNÁNDEZ

jonuriarte@infovia.com.ar



Archivo Histórico de la Revista Argentina | www.latido.com.ar

Números
1, 2 y 4
agotados



ELVIO E. GANDOLFO IRÓNICO

Y DUEÑO DE UN ESTILO SUTIL Y

REFINADO, GANDOLFO NACIÓ EN

MENDOZA EN 1947. NARRADOR,

POETA Y PERIODISTA, PASÓ

GRAN PARTE DE SU VIDA ENTRE

LAS CIUDADES DE ROSARIO,

MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES,

DONDE RESIDE EN LA ACTUALI-

DAD. INCLINADO A LA CIENCIA

FICCIÓN, COMPUSO TEXTOS QUE

USUALMENTE ORILLAN LO

POLICIAL Y LO FANTÁSTICO. SU

NOVELA "BOOMERANG" FUE

PRIMERA FINALISTA EN EL PREMIO

PLANETA 1992. "FERROCARRILES

ARGENTINOS" (ED. ALFAGUARA),

AL QUE PERTENECE ESTE CUENTO,

Y "CUANDO LIDIA VIVÍA SE

QUERÍA MORIR" SON SUS LIBROS

DE RELATOS MÁS RECIENTES. Y SI

BIEN SE DESTACA EN ESTE RUBRO,

SU OBRA POÉTICA MERECE,

IGUALMENTE, EL CALIFICATIVO

DE NOTABLE.

LA YANQUI Y EL POLACO

CUANDO ME DIJO QUE ERA SUSAN SONTAG, al principio no le creí. En ese momento estábamos en la costanera, soplaba un viento frío y agradable desde el río, con cierto dejo maloliente, es cierto, pero agradable al fin.

—Así que Susan Sontag —le dije, un poco incrédulo, sin moverme. "Manso, Cabeza", habría recomendado el Polaco.

No recuerdo bien qué contestó ella, si lo confirmó, si hizo algún comentario sobre el río o las gaviotas o los pescadores que nos rodeaban, cerca del Aeroparque: cinco o seis tipos inmóviles, y uno en la vereda que no pescaba, que hacía media hora que miraba fijamente a uno de los pescadores, con ojos él mismo como de pescado, como si del pez que fuera a sacar aquel viejo de tricota anaranjada en la tarde fría dependiera su vida.

Si no hubiera dicho que se llamaba Susan Sontag, o más bien que *era* Susan Sontag (dijo *soy* Susan Sontag), no me habría fijado ni en el viejo de tricota, ni en el idiota que lo miraba, ni en nada. Habría seguido hundido en la sensación que habíamos sentido desde que nos conociéramos, veinte horas antes. No se me habría ocurrido, tampoco, calcular cuántas horas hacía que estábamos juntos, que nos habíamos conocido.

La mujer, alta, de vaqueros, con una camisa suelta y arremangada, casi una muchacha del Oeste, se había parado conmigo a esperar la luz verde en Lavalle y el costado de la 9 de Julio más cercano al río.

Hubo algo extraño. Pasó un taxi, un taxi común, creo que un Falcon, y los dos lo seguimos con la mirada. El taxi no hi-

zo nada en particular: pasó como un taxi, despacio. Sin embargo nos miramos y nos reímos: ella se rió, yo me reí. No mucho: apenas, y sobre todo con los ojos. Nos dimos cuenta porque mirándonos se nos perdió la luz verde y cuando cruzamos nos tomamos de la mano primero, y luego del brazo, de la carne resistente del brazo.

Después estuvo lo del arbusto. Cuando llegamos al otro lado era como si hubiéramos cruzado el Jordán en vez de la 9 de Julio. Ella jadeaba un poco, yo también. Por mi parte hacía tiempo que no sentía esa sensación de abandono de todas las defensas: el cerebro se me había transformado en una gelatina donde sólo flotaban las palabras "qué bien, qué bien", estado que orillaba seriamente el cretinismo. En cambio el cuerpo parecía cantar a voz en cuello, bañándose en la maravilla de aquella mujer de ojos francos, grandes, mirándome, con la camisa afuera, suelta, sin soltarme la mano, llevándosela un poco al pecho, como para guardarla, y preguntándome, articulando las palabras en un trance, qué tenía que tomar para ir a Berisso. Me hice repetir la pregunta dos veces y después le dije, como si cada palabra fuera una lucha contra la agonía de articularla, que no tenía la menor idea.

—Yo tampoco soy de acá —le dije.

Ante semejante despiste mutuo, nos dimos vuelta otra vez hacia la avenida y emprendimos el regreso. Pero esta vez nos quedamos en el medio. Nuestras cabezas se fueron acercando como atraídas por un electroimán de frecuencia modulada, lenta, y cuando estuvieron muy cerca dejamos de mirarnos, entrecerramos los ojos y nos besamos. Si el Polaco nos hubiese visto, habría comentado: "Muy bien, Cabeza, muy bien; olvídense de vos, y bese, coma, coja. No sea gil". Completamente ebrios empezamos a caminar hacia Marcelo T. de Alvear. Atardecía. El perfil de edificios y carteles luminosos, los ruidos de los coches, los pibes que jugaban bajo los árboles en medio de la luz moribunda, jugosa del atardecer, hicieron que me sintiera al borde del desmayo. Ella pareció sentir lo mismo, porque de pronto los dos nos dimos cuenta de que nos estábamos sosteniendo el uno al

otro aferrándonos de los cinturones, tirando un poco hacia arriba. Ahora no hubo risa: nos detuvimos porque no podíamos dar un paso más, y hubo un segundo beso interminable. Me gustaba la forma de resistir y ceder que tenía su lengua, el modo en que llevaba el cabello echado hacia atrás y, cuando la toqué con una mano vacilante, tímida por debajo de la áspera tela de la camisa, el seno relativamente pequeño, suavísimo.

Cruzamos una, dos calles. Entramos en una especie de plazoleta oscura, llegamos a la orilla del arbusto, un arbusto redondo, grande, de esos que uno usa de "casita" cuando chico. En un solo movimiento, los dos miramos a nuestro alrededor y después nos dejamos caer mansamente en su interior, raspados por las ramas, la mujer debajo de mí, recibíendome, deslizando primero las manos para desabrocharme el pantalón, y después metiéndolas por detrás, apretándome las nalgas para que pesara más sobre ella. Había un olor no a tierra sino a polvo, como si estuviéramos fornicando en medio de un desierto amable, protegidos del sol y de la luna.

Y ahora en plena costanera, iba y me decía que era Susan Sontag. Después de unos minutos tuve que creerle: había visto un par de fotos de ella, y se le parecía. Además empezó a moverse, hablar y respirar como Susan Sontag. No habíamos hablado mucho desde que nos conociéramos. Del arbusto habíamos pasado a un bar, donde habíamos comido una pizza de espinaca y salsa blanca bien cargada. Casi nos entendíamos por gestos. Me limité a señalar el teléfono público, me paré, llamé a lo de Daniel y le avisé que esa noche no iba a dormir a su casa. Regresé a la mesa. De ahí pasamos a un hotel, cargados de chocolates y una docena de naranjas.



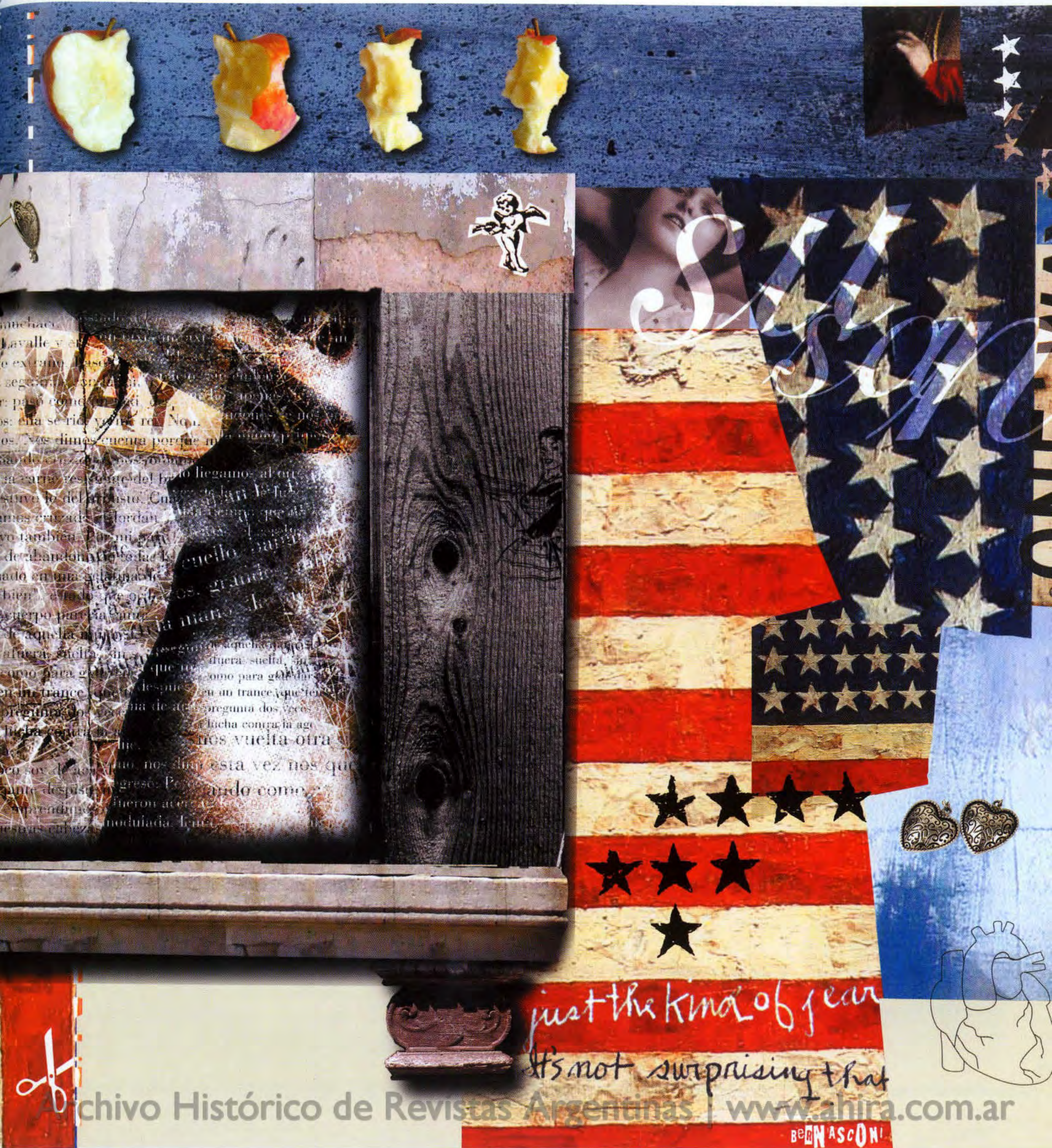
Después había llegado aquel domingo de sol, la caminata interminable por la ciudad vacía, el lento derivar hacia el río, una especie de pasión por caminar, caminar, caminar: dejarnos llevar el uno contra el otro, yo maravillado del tacto cálido de su vaquero de cordero marrón, de su lengua cada vez que nos besábamos, y del peso de su cuerpo y el mío.

Lo grave no era que ella fuera Susan Sontag, sino que aquella confesión desencadenara de inmediato en mí un proceso de gandolfización irreversible, siniestro. "Oígame bien, Cabeza", me había dicho una vez el Polaco cariñosamente, aun cuando yo acabara de negarme por enésima vez a permitir que me enseñara a jugar al ajedrez, "nunca seas demasiado tú mismo, vos. Ser demasiado uno mismo es una desgracia, Cabeza, acuérdeselo lo que te dije yo". En cuanto recordé las fotos, la vi automáticamente más alta, alerta, a la defensiva. "Porque cuando empezás a ser vos, cuando te gandolfizás, Cabeza, la otra persona, pongámosle González, se va gonzalizando, gonzalizando, hasta que no hay forma de entenderse, Cabeza: *muy peligroso eso*."

El Polaco tenía razón. Ahora me sentía rígido, desubicado, ridículo junto a aquella ensayista norteamericana de reconocido prestigio que visitaba nuestras costas, es decir Argentina. ¿De qué carajo podía hablar con ella? ¿Cómo podía volver a abrazar distraído la cintura tierna, suave de alguien que *era* Susan Sontag? Ponerme a disparatar sobre temas de sus libros, a hablar de la no-interpretación, el cáncer o la tuberculosis en plena costanera, rodeado de gaviotas y un viento ahora sí francamente maloliente, me resultaba la gandolfización final. Decidí jugarme. Me apoyé en el murallón, me di vuelta lentamente, la encaré muy de cerca. —Tenés unas tetitas hermosas —le dije. Pero la voz fue apenas







un poco estridente, tendría que haber sido un susurro cariñoso, ablandado por la sonrisa que sentía por dentro, y que ahora iba siendo atrapada por la rigidez externa, encerrada dentro de cajas cada vez más estrechas.

Ella también se apoyó en el murallón, y aguantó a pie firme. Por un segundo estuvo a punto de romper a reír, y entonces salvábamos la tarde, tal vez nuestras vidas. Pero ya me había dicho quién era, y recordó en cambio, con un ademán de la mano izquierda (adoré esa mano mientras se movía, recordé cómo la había mordisqueado tiernamente en la pieza del hotel, la asocié con su sexo amplio y húmedo y franco como los ojos, como esa mirada que me había impresionado en las fotografías que había visto hacía tanto tiempo y que me habían obligado a reconocerla), recordó, digo, que hacia el atardecer se reunía "con la gente de *Punto de Vista*"⁽¹⁾.

Y ahí, como decía mi amigo Ricardito, se pudrió todo. Porque yo conocía también a la gente de *Punto de Vista* y la apreciaba, porque en medio de ese conocimiento generalizado habría interminables discusiones sobre los pro y los contra de la situación socio-político-cultural pasada, presente y futura, porque todo lo que había quedado en suspenso mientras caminábamos con la mujer por la ciudad, todo lo que había pasado a formar parte de nosotros tácitamente mientras nos hacíamos el amor con dulzura y violencia bajo el arbusto y en el hotel, se haría explícito, hablado, apalabrado, sobado, toqueteado, franeleado, gastado y finalmente abstracto, lejos de la sagrada concreción de nuestras manos, bocas y piel reconociendo interminablemente al otro, un proceso que podría haber durado años pero que se había interrumpido en seco cuando la mujer, en la costanera, mientras el tipo de ojos de pescado se tomaba un taxi como quien se encaminaba al suicidio, me decía:

—Yo soy Susan Sontag.

Y no me consoló nada imaginar el comentario del Polaco, cuando se enterara: "No llore, Cabeza, las yanquis son todas iguales".

⁽¹⁾ N. de la R.: "*Punto de vista*" es una revista de ideas fundada en 1978, dedicada al debate de temas sociales.

CARTELERA CANAL (á)

TODA LA ACTUALIDAD. TODOS LOS ESPECTÁCULOS.

E N E R O

CANAL (á) PRESENTA

Domingo a las 22.00 hs.

Un ciclo semanal para disfrutar de los mejores shows y espectáculos de la Argentina y el mundo.

Domingo 7: La Mississippi

Una de las bandas de Rythm and Blues más importantes de la Argentina en un concierto con sus mejores temas e invitados especiales.

Domingo 14: Chango Spasiuk

Chango Spasiuk, el acordeonista argentino y consagrado en todo el mundo, presenta en este recital una serie de chamamés y polcas.

Domingo 21: Willy Crook

Un recital de Willy Crook & Funky Torinos, en el que presentó una serie de covers y nuevas creaciones, acompañado por importantes artistas.



Willy Crook

Domingo 28: Paralamas

Una de las bandas brasileñas más exitosas de la actualidad presentó en Buenos Aires un concierto acústico.



Paralamas

LA NOTA

Viernes a las 21.30 hs.

Un programa de música y sobre músicos, con entrevistas a representantes de todos los géneros: melódico, folklórico, clásico, rock y tango.

Viernes 5: Diego Frenkel

Viernes 12: Juan Rodó

Viernes 19: Eladia Blázquez

Viernes 26: Tomás Lipán



Diego Frenkel

ENCUENTROS DE CINE



China Zorrilla

Jueves a las 21.30 hs.

Un recorrido a lo largo de la historia del cine argentino, a través de la memoria audiovisual de aquellos que forjaron nuestra industria cinematográfica. Un encuentro entre dos personalidades, en el que reflejan las vivencias acumuladas a lo largo de su carrera.

Jueves 4: China Zorrilla - Jacobo Langsner

Jueves 11: Marcela López Rey - Enzo Viena

Jueves 18: Raul Lavié - Marta González

Jueves 25: David Kohon - Antonio Ripoll

PLATEA ABIERTA

Lunes 21.00 hs. (Único horario)

Lunes 1: Papi

Una obra de Carlos Gorostiza sobre la historia de dos tipos sin escrúpulos: Papi y Alducci. Dirección: Justo Gisbert.

Lunes 8: Las Hijas de Caruso.

Primera parte.

Con Patricia Sosa, Valeria Lynch, Estela Leyva, Miguel Habud, Aldo Barbero y gran elenco.

Dirección y composición musical: Juan Forcada. Dirección teatral: Betty Gambartes y Oscar Araiz.

Lunes 15: Las Hijas de Caruso.

Segunda parte.



Las hijas de Caruso

Lunes 22: Chau Misterix

Una nueva versión de la obra de Mauricio Kartún, con Claudio Tolcachir, Tamara Kiper, Lautaro Perotti, Melina Poggi, Rita Armani, Isidoro Tolcachir, Sandra Vardani y Guillermo Parodi. Dirección: Claudio Tolcachir.

Lunes 29: Edipo Rey de Hungría.

Uno de los más famosos personajes de la historia del teatro universal recreado por el dúo cómico de los Hermanos Perham. Con Juan Minujin y Marcelo Subiotto.

ACTUALIDAD

Como todos los años, este verano Canal(á) estará cubriendo todos los acontecimientos del Arte y los Espectáculos desde los puntos turísticos y centros de arte de la Argentina y el mundo.

Enterarte

Lunes a viernes a las 20.00 hs. en vivo.

El único noticiero de arte y espectáculos. Las últimas noticias, entrevistas, informes y una completa agenda de actividades artísticas y culturales.



Enterarte

Agenda urbana

Sábado a las 20.00 hs.

El resumen del fin de semana, con una selección de las mejores notas de artes y espectáculos, estrenos, shows y recitales de la semana. Conducen Aldana Duhalde y Federico Consiglieri.



Agenda urbana

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

4 HORAS DE ARTE Y ESPECTÁCULOS

Bonpland 1745 • C1414 CMU Bs. As. Argentina • Tel.: (54-11) 4778-6666 int.:4155 Fax: (54-11) 4778-6555 • E-mail: canala@pramer.com.ar



CANAL (á)

“ Quisiera aprender a
derramarme en el sillón
como mis gatos para mirar
la pared y nada más.
Porque las pocas veces
que logré hacerlo sucedió
algo maravilloso. ”

“ Curiosamente, aunque de
chico nunca tuve educación
religiosa, mi mayor temor
infantil fue siempre (¡sigue
siendo!) ser ‘un inútil’,
o ‘un vago’. ”

“ El tiempo libre se abre
como un abismo aterrador.
Cada fin de semana,
cada feriado, cada noche
es garantía de angustia. ”

Hacer fiaca

Pereza. Tiempo libre. Vacaciones.
Descanso. De todo esto habla la

LATIDO

Latido de febrero que –en medio del calor– analiza las distintas formas de relacionarse con el ocio. ¿Nunca te pasó, por ejemplo, esperar ese momento en que decís chau al trabajo por unos días pero luego te sentís tan extraño que contás las horas que faltan para volver? O, al contrario, ¿sos de aquellos que disfrutan de-

masiado el tiempo libre y no recordás que la vida también es obligaciones y alguna responsabilidad? Cualquiera sea tu situación, vas a encontrar notas en las que identificarte. Además, como siempre, estarán nuestras digresiones, las frases célebres y los consejos sobre consumo vinculados... al no hacer nada. Latido de febrero, un número que merece leerse en la hamaca paraguaya.



Argentina es un país
grande y confiable.



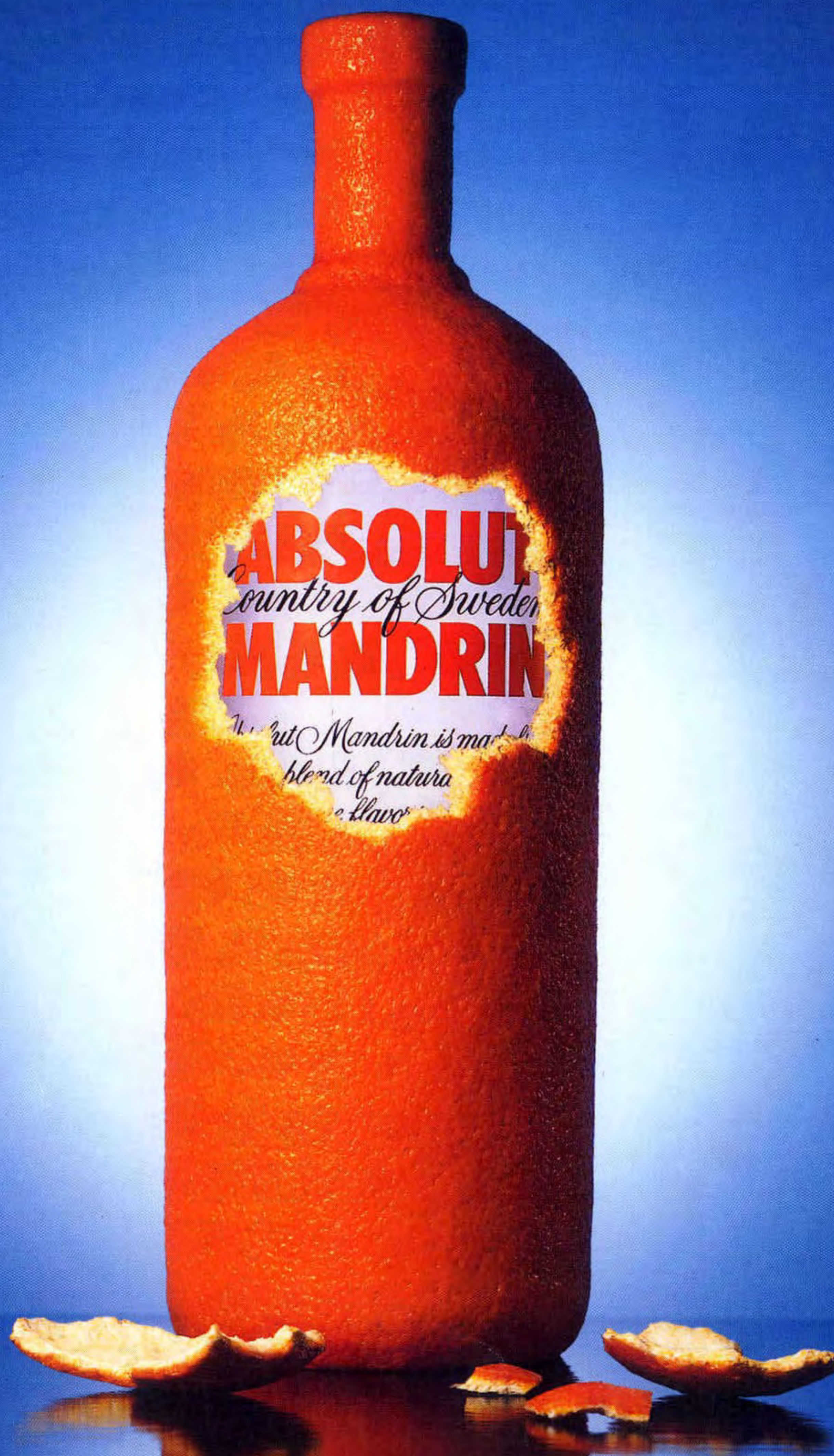
Nosotros también.

CASA CENTRAL
Bartolomé Mitre 326
(1036) Buenos Aires
Tel.: 54-11-4347-6000

DIVISION
INTERNACIONAL
Tel.: 54-11-4347-8077
Fax: 54-11-4347-8078



BANCO DE LA
NACION ARGENTINA



ABSOLUT REVEALED.

ENCONTRALO EXCLUSIVAMENTE A PARTIR DEL 12 DE ENERO EN BS. AS.: 3/4, CLUB ZEN, CENTRAL, Ñ. EN PTA. DEL ESTE: LA JUANA, LA ORIENTAL.

ABSOLUT MANDRIN™, MANDARIN FLAVORED VODKA. PRODUCT OF SWEDEN. 40% ALC/VOL (80 PROOF). ABSOLUT COUNTRY OF SWEDEN VODKA & LOGO, ABSOLUT, ABSOLUT BOTTLE DESIGN, ABSOLUT MANDRIN, ABSOLUT CALLIGRAPHY AND ABSOLUTVODKA.COM ARE TRADEMARKS OWNED BY V&S VIN & SPRIT AB. ©1999 V&S VIN & SPRIT AB. IMPORTED BY SEAGRAM DE ARGENTINA. PHOTOGRAPH BY STEVE BRONSTEIN.

BEBER CON MODERACIÓN. PROHIBIDA SU VENTA A MENORES DE 18 AÑOS.